

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

Año 12. — N° 51.

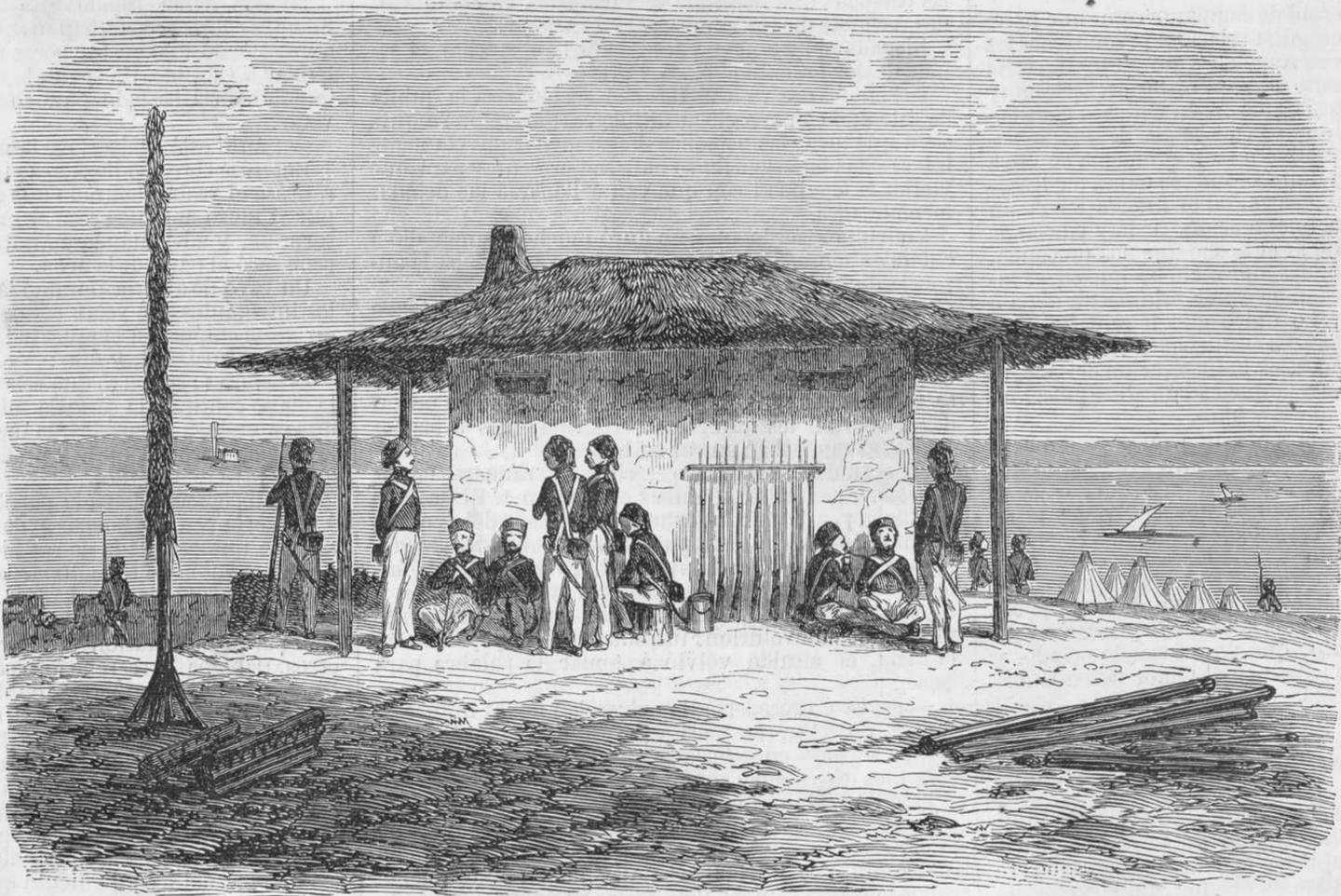
SUMARIO.

Teatro de la guerra; grabados. — Intrigas de aldea. — Historia de la semana. — Excursion pintoresca á la Córcega; grabados. — La Puerta del Sol. — El crepúsculo de la edad. — Juan el gineté. — Fontainebleau; grabados. — Mis primeras partidas de caza y de pesca. — El cómico de aficion. — El monumento de la reina Luisa de Orleans, en Ostende; grabados. — Trabajos del puerto de San Nazario (Loire Inferior); grabados. — Boletín científico. — Revista de la moda. — Jardin de ensayo de Hamma, cerca de Argel, grabado.

TEATRO

de la guerra.

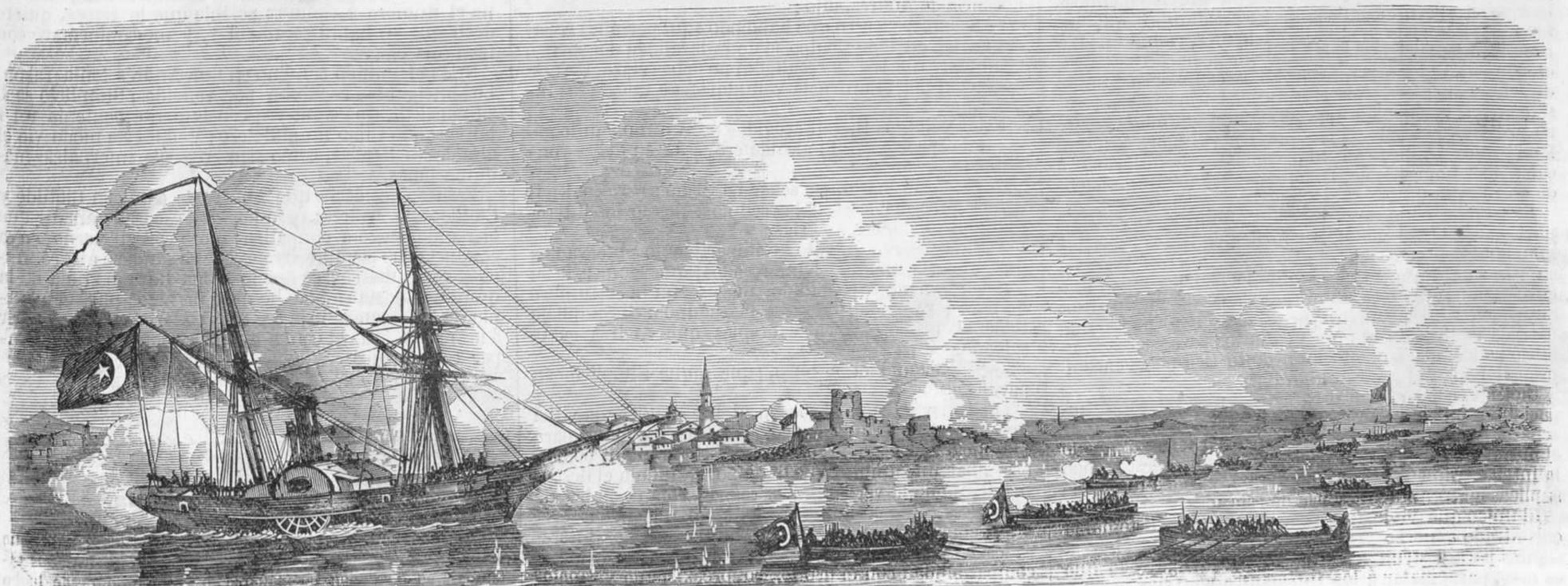
Poco interés ofrecen las noticias de Oriente: los periódicos de toda Europa que podemos consultar vie-



Puesto avanzado de los turcos en las orillas del Danubio.

nen generalmente detallando los sucesos ya conocidos, no pudiendo ofrecer otras novedades. Esto se explica bien por lo avanzado de la estacion de invierno que producirá naturalmente un armisticio de algunas semanas, durante las cuales los amigos de la paz se prometen el mejor resultado de las negociaciones diplomáticas que deben entablarse. Entretanto los rusos publican boletines anunciando grandes ventajas obtenidas sobre los turcos, y estas gacetas extraordinarias exagerando las que han obtenido sobre sus contrarios, pues como es sabido la alucinacion parece ser uno de los mas útiles resortes en la guerra.

La verdad es que exceptuando la batalla de Olteniza,



Reconocimiento de la isla de Moganú por los turcos.

de que los turcos no han sacado mas partido que la gloria de batir á los rusos, pues no han conseguido otro resultado y hasta han creído conveniente volver á pasar el Danubio, abandonando el terreno con tanto heroísmo conquistado, no ha ocurrido ningun otro suceso digno de importancia sino el reconocimiento verificado por los turcos sobre la isla de Mocanú, en frente de Giurjewo. Esta atrevida empresa de los otomanos no se ha llevado á cabo sin que de un lado y otro se crucen las balas produciendo los estragos que son consiguientes sin el fruto que los unos y los otros pudieran apetecer. Por lo demás, parece que los turcos conservan sus atrincheramientos de Kalafat, donde como es natural tienen sus puestos avanzados de que damos hoy una idea por medio del grabado, así como del mencionado reconocimiento de la isla de Mocanú.

Intrigas de aldea.

(Conclusion.)

IV.

Quince días como los que trascurrieron desde que los intrigantes de Arganda concibieron su plan de escamoteo hasta el momento en que se verificó la quinta, merecerían la pena de describirse por una pluma aventajada, y estoy por decir que un escritor como Alejandro Dumas entretendría á sus lectores con la historia de estos quince días pasados en Arganda tanto como con la de sus quince días pasados en el Monte Sinai.

Entre paréntesis sea dicho, todo el mundo sabe que Alejandro Dumas no ha estado nunca en el Monte Sinai, ó por lo ménos que no había estado cuando dió su libro famoso de los quince días.

Me he tomado la libertad de comparar cosas que parecen no tener entre sí ninguna relacion, porque todas las cosas la tienen cuando se someten á un punto de vista comun. Así, bajo el punto de vista histórico, sería muy poco lo que pudiera decirse de Arganda, pero considerando á los habitantes que ya conocemos de esta poblacion sujetos á la expectativa de un problema en cuya resolución arriesgaban tanto, el interés habrá de desenvolverse gradualmente; y cuando el interés hacía un objeto habla en nuestra imaginacion, no hay rincón de la tierra donde tenga lugar el hecho que nos preocupa, ni personajes, por humildes que sean los que en él intervienen, que no puedan elevarse en nuestra alma á una altura gigantesca. Lo único que hace falta para dar á las cosas que parecen pequeñas el relieve de las que tenemos por grandes, es la inspiracion del artista que ha de pintarlas, pero lo que es culpa del pincel no debe atribuirse á defecto del asunto.

He hecho esta digresion para que no se crea que al comparar una cosa pequeña con otra grande, tratase de compararme yo con Alejandro Dumas que, á pesar de sus extravagancias cuando escribe sus viajes ó sus memorias, es uno de los talentos que mas respeto y aplaudo. Digo que el autor de los quince días en el Monte Sinai haría una relacion interesante de los quince días de Arganda, y si yo no tengo la fortuna de hacer lo segundo es porque tampoco sabría hacer lo primero. Aquí daremos fin á este asunto, que ya va siendo pesado, y no doy nuevas explicaciones por el temor de engolfarme en digresiones nuevas.

Figurémonos lo que pasaria en el corazon de cada una de las personas que tienen una parte principal en nuestra novela durante el indicado período de los quince días, y vamos por partes.

El alcalde y el regidor confiaban mucho en la sagacidad del secretario del ayuntamiento, no solo para verificar su juego de cubiletes con la limpieza que era precisa, sino tambien para evitar que Simplicio hiciese una simpleza revelando el secreto que mas importaba guardar. A pesar de todo, pasaron horriblemente su tiempo en esas alternativas de incertidumbre que interrumpen la alegría de los delincuentes, cuando no por remordimiento, por el temor de que se puede descubrir el crimen. Así es que muchas veces estuvieron á punto de renunciar á sus planes, entrando en la via legal que solo ofrecia el riesgo de una probabilidad funesta; pero su proyecto les parecia tan excelente y sobre todo tan fácil, que siempre concluian optando por llevarlo á cabo, disipando sus temores que tachaban ellos mismos de escrúpulos de monja.

El secretario no se separó un solo instante de Simplicio, y gracias á esta activa vigilancia llegó el terrible momento del sorteo sin que la poblacion de Arganda supiese una trampa que el hijo del alcalde, en su loco entusiasmo, queria difundir para obtener los aplausos anticipados de sus amigos; pero si el secretario pasó malos días vigilando á Simplicio, aun los pasó peores Simplicio condenado á oír durante tanto tiempo la incomprendible algarabía de su guardian.

Clotilde, con su natural carácter mujeril, es decir impaciente, inflexible, estuvo muchas veces á punto de echar á perder el negocio. La pobre queria contar á todo el mundo lo que pasaba, para desbaratar de este modo la intriga tramada contra su amante, y solo á fuerza de súplicas logró Andrés alejarla de esta idea.

El único que vivía tranquilo era Andrés. Este había encontrado á fuerza de discurrir un medio que él creía seguro para destruir los efectos de la intriga, y lo que es mas, para matar á los intrigantes con sus propias armas. Confiado en su estratagema, se cuidaba muy

poco de lo que preocupaba á los demás, y ni siquiera habría desplegado sus labios para tratar de la materia si á ello no le obligase con demasiada frecuencia la impaciente Clotilde.

Tal es en globo lo que pasó durante los mencionados quince días. Para descender á los detalles sería preciso escribir mucho, y yo no quiero dar á los lectores del *Correo de Ultramar* novelas engalanadas con descripciones prolijas, sino cuentos ligeros, breves y sencillos, que lleguen al desenlace cuando pudieran empezar á producir el cansancio. Tal fué, repito, en globo la historia de los quince días que podrian ocupar quince tomos, y á mí me ha parecido prudente narrar en quince renglones. Dejando, pues, á mis lectores el juicio de los altos y bajos, de los sentimientos que tan distintamente debieron agitar á cada cual segun su posicion y carácter, paso á sentar los preliminares de la escena final de esta comedia.

Llegó el día del sorteo, día generalmente de luto en los pueblos pequeños. Este día era tan deseado por las personas de quienes hemos hablado hasta aquí, como el día grande de Navarra de que con tanta gracia nos habla el padre Isla.

El secretario anhelaba la llegada de este día para cesar en su molesto empleo, y el hijo del alcalde lo deseaba mas que todos para separarse del secretario.

La casa del ayuntamiento, donde por lo comun se celebra el sorteo de la quinta, estaba desde el día anterior preparada como de costumbre para la ceremonia que iba á tener lugar en ella. Allí estaban todos los miembros del ayuntamiento ocupando sus puestos respectivos; allí estaba tambien Simplicio sentado á la derecha del secretario, y el resto de la sala se vió invadido muy pronto por los vecinos honrados, por los mozos exentos del servicio, en una palabra por muchos curiosos que nunca faltan en las solemnidades.

La vista del público que busca siempre con avidez á las personas que hacen de protagonistas en las funciones, echó de ménos la presencia de Andrés.

Llegado el instante de proceder á la operacion, el señor alcalde tomó la palabra y dijo:

— Señores; se va á verificar el sorteo para la quinta de este año con arreglo al último real decreto. Yo quisiera que todas las personas mas ó ménos directamente interesadas en este acto se hallasen presentes para que vieran la legalidad con que van á llenarse las debidas formalidades.

Un rumor sordo que no duró mucho tiempo dió á entender sobradamente que el público extrañaba la ausencia de Andrés.

— Sin embargo, añadió el alcalde; como aquí tengo el gusto de ver reunidos á los principales vecinos de Arganda, estos señores justificarán en cualquiera ocasion que obramos con imparcialidad. — He dicho. El señor secretario del ayuntamiento tendrá la bondad de proceder á escribir los números correspondientes á las dos papeletas que deben entrar en la urna.

En seguida el secretario escribió los números en las papeletas, poniendo en ambas el número 1. El pulso le temblaba y, así como los demás individuos del ayuntamiento, tenía en los ojos pintada la zozobra del pecado. Hizo el ademan de enseñar al público las papeletas ántes de doblarlas, pero no hizo mas que el ademan, y como nadie se figuraba la trampa, nadie reparó en la rapidez de su evolucion. Introducidas las papeletas en la urna, el alcalde volvió á tomar la palabra para decir:

— Se va á proceder á la extraccion de los números, y para no faltar en nada á la costumbre que siempre hemos seguido en estos actos, los mismos interesados serán los que saquen sus respectivas cédulas.

Esto dicho llamó en alta voz á Andrés para que se presentase á sacar su papeleta; pero Andrés no pudo presentarse ni contestar por la sencilla razon de que no estaba allí. Los intrigantes no contaban seguramente con este contratiempo. Uno de los vecinos de Arganda viendo que el acto llavaba trazas de paralizarse por la ausencia de Andrés, dijo:

— Señores; yo creo que habiendo aquí personas capaces de dar en todo tiempo fe de la legalidad del sorteo, cualquiera que sea su resultado, no debe retardarse esta operacion por la ausencia voluntaria de uno de los interesados.

Estas palabras fueron acogidas por un murmullo general de aprobacion. El alcalde creyó de su deber contestar:

— Es cierto lo que ese señor ha dicho; pero mal podemos proceder á sacar las cédulas, siendo los interesados los que deben sacarlas.

— Sin embargo, añadió el impertinente observador; presente está uno de los interesados; que saque este su papeleta y asunto concluido, pues segun la costumbre no habrá necesidad de sacar la segunda. Si Simplicio tiene el número 2, ya sabremos que Andrés es el soldado.

— Sí, exclamó el público; que saque Simplicio su papeleta!!!

Los intrigantes palidecieron al ver el giro que iba tomando el negocio, porque si cedían era inevitable para Simplicio la suerte de soldado, y si no cedían, podían ocasionar un tumulto que diese por resultado el descubrimiento de la verdad. El secretario, como hombre de mas luces, vino en auxilio de los otros, diciendo:

— Señores: la ausencia de cualquiera de los interesados en actos semejantes es incompatible de toda incompatibilidad con el uso lógico, preexistente y sancionado ya desde una época inmemorial, por lo que sería muy de temer un vislumbre de incongruencia.

— En efecto, dijo el alcalde traduciendo á su modo las palabras del secretario; puesto que Andrés no ha venido, debemos creer que ha desertado ántes de tiempo, y por este solo hecho se le debe declarar soldado sin necesidad de verificar el sorteo.

El público rechazó indignado la proposicion del alcalde cuya situacion iba cada vez siendo mas critica, y pidió nuevamente que Simplicio metiese la mano en la urna. Pero el alcalde no podia, ó por lo ménos no queria acceder á los deseos del público, y para llenar los obstáculos por otro medio,

— Señores, dijo, nosotros, los individuos del ayuntamiento de Arganda, queriendo que el acto lleve el sello de la imparcialidad, hemos resuelto dar á Andrés el derecho que le asiste de ser el primero á conocer su suerte, de modo que no podemos consentir en lo que se pide por lo mismo que no deseamos privilegio alguno en favor de mi hijo.

— Yo, dijo el secretario, soy de parecer que el acto se difiera ó prorogue indefinidamente para no producir un aborto céfálico de que podria originarse alguna controversia.

Nadie supo lo que había querido decir el secretario; nadie mas que el alcalde que tradujo este discurso con su licencia habitual de este modo:

— Tengo el honor de estar en un todo conforme con la opinion del señor secretario. Quiero decir, que puesto que Andrés no viene, puede suplirle, sacando su papeleta cualquier vecino honrado de los presentes, como se ha verificado en otras ocasiones.

Este fué el golpe maestro del alcalde, hombre de mas intencion aunque ménos retórico que el secretario. El público acogió la idea, y un vecino honrado creyendo prestar un servicio al pobre Andrés, se adelantó hácia el sitio en que estaba la urna, con gran gozo de los intrigantes que veían ya la situacion despejada.

En aquel instante se presentó Andrés.

¿Dónde había estado este hombre? El insensato, mientras otros preparaban su ruina casi inevitable, había aprovechado uno de los pocos momentos en que podía hablar á Clotilde. Un segundo mas que se hubiese detenido habría bastado para comprometer todo su porvenir.

— ¡Aquí está Andrés! exclamó la muchedumbre.

Enteróse el recién llegado de la situacion de las cosas; retiróse el vecino honrado que se había prestado á suplir al mozo ausente; cesó el murmullo causado por la sorpresa, y adelantándose Andrés con paso firme y sereno sacó el papel de la urna.

Un rayo de alegría iluminó la frente de cada uno de los intrigantes que veían colmados sus deseos. Andrés dirigióse entónces á la multitud que le contemplaba con la mayor ansiedad, y dijo:

— Señores: supongo que esta papeleta que tengo en la mano continúa la serie de mis desgracias. Así, cualquiera que sea la suerte que me depara, no quiero verla por mis propios ojos, y prefiero mas bien despedazarla entre mis dientes.

Esto diciendo se llevó la papeleta á la boca y empezó á mascarla con tan buenas ganas como si estuviera comiéndola una rebanada de salchichon.

Lo que entónces tuvo lugar es difícil de referirse. A la extraña ocurrencia del mozo, sucedió un rugido sordo y prolongado como el eco de la tempestad, producido por la indignacion de los unos y la sorpresa de los otros. Hablaba el secretario, voceaba Simplicio, gritaba el alcalde, aplaudia el público... y Andrés seguía mascando. Esto no podia ser eterno, porque en este mundo todas las cosas tienen fin. Restablecida la calma despues de mil protestas hechas por la parte contraria, dijo Andrés:

— Yo creo que no hay motivo para incomodarse. He sacado mi suerte y me la he comido, porque me pertenecía, en lo que no he perjudicado á nadie. Suplico á los señores del ayuntamiento que continúen el sorteo, y por la papeleta que queda en la urna sabrán positivamente cual era el número de la mia. Si Simplicio tiene el número 2 como es posible que lo tenga, quiere decir que yo habré sacado el 1, y me conformaré con ir al servicio.

Todo el mundo convino en que Andrés tenía razon. Los intrigantes se dieron por vencidos; Simplicio sacó su papeleta, que como era consiguiente contenía un 1 tan grande como un alfilerero; y de este modo vió el alcalde castigadas, como siempre, sus infernales maquinaciones.

Escusado es decir que Andrés se casó con Clotilde y Clotilde con Andrés; pero no será escusado añadir que el regidor llegó á simpatizar tanto con su yerno, cuya conducta fué siempre irreprochable, que se alegró muchas veces del chasco que se había llevado el día de la quinta, y hasta se hizo hombre de bien; pues el ejemplo de los buenos suele ser mas poderoso para corregir á los malos, que el contagio de los malos para corromper á los buenos.

J. M. VILLEGAS.

Historia de la Semana.

Pocos hombres han obtenido en la sociedad los triunfos que obtuvo á su entrada en ella el jóven Roberto de R... Sus talentos y su distincion de maneras le granjearon desde luego muchas amistades; pero el mas sobresaliente de sus adornos era una magnífica voz de tenor con la cual había eclipsado á

todos los cantantes conocidos, si su rango social y su fortuna no le hubiesen impedido dedicarse al teatro. Festejado, aplaudido y solicitado por las principales reuniones parisienses, debió á su talento musical los triunfos mas lisonjeros, inmensa ventaja á cuyo beneficio poseia una superioridad incontestable sobre los demás jóvenes, que no eran mas que ricos y bien hechos. Sin embargo, tambien brillaba como ellos por su figura, su elegancia y su lujo; con sus seis mil pesos fuertes de renta anual, Roberto vivia como un príncipe.

Sin embargo, en lo mejor de esta vida feliz, á los veintiseis años, nuestro héroe sufrió un revés inesperado en el cual naufragó su fortuna. El golpe era terrible y la desgracia irreparable. Roberto se halló de repente precipitado de los esplendores de la riqueza á los abismos de una miseria profunda y sin salida. Resignarse á vivir pobre y oscuro, era para él cosa imposible; sus gustos y sus hábitos le habian hecho del lujo una necesidad imperiosa. Pero ¿cómo reconquistar la fortuna perdida? ¿Cómo emprender una carrera para vivir á lo ménos decentemente? Sus conocimientos brillantes sí, pero superficiales, no podian aplicarse á las cosas serias, y su carácter indolente no era propio para emprender tareas largas y laboriosas. En su desgracia huyeron los amigos, como suele acontecer muy á menudo, y la soledad en que se quedó, con una perspectiva como la suya, le inspiraron ideas de suicidio. Sin embargo, no fueron mas que ideas, que la reflexion disipó bien luego.

Apénas se habia esparcido entre sus amigos la noticia de su ruina, cuando Roberto desapareció de Paris sin despedirse de nadie, envolviendo su fuga en el misterio que conviene á las gentes desgraciadas.

Los primeros dias se preguntó por él con ese interés vulgar ó egoísta que producen siempre los acontecimientos inesperados, grandes ó pequeños. La pregunta era fácil de hacer, pero la contestacion no lo era.

— Se habrá retirado á una provincia, donde tendrá familia y algo que heredar.

— Habrá ido á correr mundo.

— Sí, se habrá embarcado para hacer fortuna en América, esa parte del mundo que tantos europeos creen empedrada con onzas de oro recién acuñadas para los que llegan en su busca.

Tales eran las suposiciones que corrian acerca de Roberto, y ántes de averiguar cual de ellas podia ser cierta, ya la curiosidad pasó á otro asunto.

Algun tiempo despues de la desaparicion de nuestro héroe, los periódicos italianos ponian en las nubes á un joven cantante, el tenor Genaro, que acababa de estrenarse en Milan con un éxito asombroso. Genaro debia figurar entre los artistas mas célebres, debia llegar á ser una de las glorias de la Italia musical.

La predicción no tardó con efecto en realizarse. Los triunfos del nuevo tenor resonaron en Venecia, en Nápoles, en Roma; todas las grandes capitales se le disputaron, pero en vano el director del Teatro Italiano de Paris le hizo proposiciones sorprendentes; Genaro, lo mismo que la famosa Jenny Lind, no quiso entrar en ningun ajuste con este teatro. Era un capricho de artista, que por cierto no era él solo, pues el nuevo tenor se negaba obstinadamente á cantar en los conciertos y á presentarse en las casas particulares; más aun, evitaba que le vieran en los paseos, y huía toda clase de relaciones.

Todo esto hacia que le tuvieran por un hombre estafalario; y tal era su reserva, en lo concerniente á su persona, que los periodistas no pudieron sacarle nunca los pormenores mas sencillos y elementales para escribir cuatro renglones de biografía. Pero dejando aparte esta manía, el cantante hacia honor á su posición; vivia espléndidamente, y las sumas enormes que ganaba le permitian hacer cada año grandes economías.

Al cabo de diez años de ejercicio, Genaro declaró que habia terminado su carrera, y que renunciaba enteramente á los triunfos teatrales. Esto era una retirada prematura, pues el artista se hallaba aun en toda su fuerza; pero en vano quisieron quebrantar su resolucion; el inflexible Genaro respondia:

— Yo soy bastante rico, tengo seis mil pesos de renta; quiero descansar y gozar tranquilamente de mi fortuna.

En efecto, el artista se retiró, y el mundo lírico perdió un precioso cantante que Paris jamás habia conocido.

Por la misma época en que Genaro dejaba la escena, la sociedad parisiense recibió de nuevo en su seno á Roberto de ***. Nadie se acordaba de él apénas; tantas aventuras, tantos acontecimientos pasan en diez años! ¿Qué reunion no se modifica en ese tiempo? Sin embargo, Roberto, mejor que otro ninguno, debia haber sido reconocido al cabo de su larga ausencia, pues habia cambiado muy poco, y conservaba á los treinta y seis años casi todas las gracias de su primera juventud. Por eso los recuerdos se fueron despertando mas ó ménos vivos, á lo cual contribuía sobremanera la circunstancia de que Roberto volvía á presentarse en la sociedad rodeado de su antigua opulencia, gracias, decia él, á una cuantiosa suma de dinero que habia heredado.

Debemos decir en honor de la verdad, que Roberto no ponía nada de su parte para ayudar la memoria de los olvidadizos, y añadirémos que lejos de eso habia veces en que le incomodaban ciertos recuerdos, como verbigracia, cuando le hablaban de sus talentos musicales: el decirle que cantaba admirablemente era casi un insulto.

— Vd. exagera ó se burla de mí, respondia de muy mal humor; la poca y mala voz que la habia perdido enteramente cuando salí de Paris.

En otras ocasiones solia hallar en las tertulias de la escogida sociedad que frecuentaba algunos extranjeros rusos, italianos ó ingleses que le miraban con la mayor sorpresa.

— ¡Qué cosa tan extraña! exclamaban los indiscretos con el fin de entrar en explicaciones.

— ¿Habla Vd. de mí?

— Dispénsese Vd. el movimiento involuntario de mi asombro, caballero

— Sin embargo, me alegraría saber el motivo...

— ¿Ha conocido Vd. al señor Genaro?

— No, nunca le he visto ni le he oído.

— Pues si le conociera Vd., comprenderia mi sorpresa.

— ¿Y por qué causa?

— Porque se parece Vd. que no puede ser mas á ese célebre artista

— Me lisonjea mucho la semejanza.

— Disimule Vd., caballero.

En un solo punto era diferente Roberto de lo que habia sido ántes: cuando por casualidad en la tertulia en que se hallaba abrian un piano, echaba á correr al punto; nunca se le veia en los teatros de ópera; en una palabra, tenia ó aparentaba tener la mayor aversion á la música.

Un dia se encontró en la calle con un caballero que se fué derecho á él con los brazos abiertos, exclamando:

— ¡Ah! mi querido amigo, ¡qué dicha la de verle!

— ¡Cómo! exclamó Roberto frunciendo las cejas, ¿por quién me toma Vd., caballero?

— ¿Por quién ha de ser? Por mi amigo y compañero Genaro.

— Pues se equivoca Vd. Yo soy el baron Roberto de ***, y nunca he tenido amistad con gentes de su clase.

El pobre artista se quedó petrificado con aquella salida, y sufrió el insulto con paciencia, pues se creyó que la culpa estaba de su parte.

En efecto, si habia podido conservar algunas dudas sobre él, bien luego hubieron de disiparse al leer pocos dias despues la siguiente noticia, que los periódicos de Paris tradujeron de un diario italiano:

« El célebre tenor Genaro, tan conocido en toda Europa, acaba de morir en Suiza en una posesion que habia adquirido, y que habitaba desde la época en que la alteracion de su salud le obligó á dejar el teatro. »

El dia que se publicaron estas líneas, Roberto se hallaba convidado á pasar la noche en una tertulia aristocrática, donde debia presentarse por primera vez una joven inglesa, á quien llamáramos la condesa Fany, una maravilla de hermosura y talento, segun decian sus apasionados.

Pero la condesa no pareció, sin embargo; las personas que debian presentarla, dijeron que habia caído mala por la mañana leyendo un periódico, y que el ataque de nervios era grave.

Algunos dias despues Roberto paseándose á caballo por los Campos Eliseos, se cruzó con una carretela que marchaba al paso, donde iba una señora sola, la cual cuando vió pasar al ginete, se levantó, y arrojando un ¡ay! agudo, volvió á caer desmayada sobre el asiento.

Sorprendido del efecto que habia producido Roberto se volvió, se acercó al coche que estaba ya rodeado de gente; un médico prodigaba sus cuidados á la joven, y por orden suya la carretela se puso en marcha, y llevó á la enferma á la elegante casa que habitaba en el mismo paseo. Roberto siguió todos los pormenores de la escena, y en la casa donde entró el carruaje, supo que aquella señora era precisamente la condesa Fany que habia debido ser presentada en la tertulia que hemos indicado.

Al siguiente dia fué y entregó su tarjeta á un lacayo, pero no le recibieron; veinticuatro horas despues acudió nuevamente, y se anunció como el ginete fatal que habia pasado junto á la carretela en los Campos Eliseos.

Al punto le abrieron las puertas.

La hermosa Fany, blanca como un papel, fijaba en Roberto sus ojos encendidos, y le hablaba y le escuchaba con una especie de avidez delirante.

— No puede Vd. imaginarse, le dijo, la emocion que me causa su voz y su presencia. Le suplico á Vd. que venga todos los dias.

Roberto no se hizo de rogar; se comprometió á la visita diaria, y por nada en el mundo habria faltado á ella. Desde aquel momento estaba perdidamente enamorado.

La condesa estaba siempre tierna y melancólica en las visitas, y aun á veces la causaba tal impresion la presencia de Roberto, que se ponía meditabunda y lloraba. Esta situacion tenia mucho de inexplicable; pero Roberto se consideraba ya un hombre dichoso, y solo cuando creyó llegado el caso de exponer sus sentimientos, vió desvanecidas sus esperanzas.

— Se ha engañado Vd., caballero, le respondió la condesa, y lo siento, porque es mi culpa; si, habria debido hablar hace ya tiempo. Yo no puedo amar á Vd., porque mi corazón pertenece á otro, y si tengo un doloroso placer en verle, es porque su presencia de Vd. me recuerda la del hombre que amo.

— ¿Qué dice Vd.?

— El único mérito que tiene Vd. á mis ojos es el de parecerse á él...

— ¡Me parezco mucho! exclamó Roberto.

— En extremo. Pero ya sabe Vd. de quien quiero hablar; sin duda no soy yo la primera que advierte una semejanza tan extraordinaria. Sí, caballero, lo confieso, el que yo he amado, el que amo, es un artista, un hombre que cantaba en las tablas, y que ha ignorado siempre mi pasión. Cuando le ví en Nápoles estaba casada, y al quedarme viuda decidí hollar á los piés las preocupaciones, y ofrecerle mi mano...

— ¿Se habria Vd. casado con él?

— Ese ha sido el mayor de mis deseos.

— Con el tiempo se habria arrepentido Vd., se habria avergonzado de tener por esposo á un cantante, y hasta se lo habria Vd. echado en cara.

— ¡Jamás!

Roberto se encogió de hombros, haciendo un ademan de incredulidad profunda é invencible.

— Al punto me fuí á Italia, prosiguió la condesa, pero en vano le busqué; nadie supo decirme el punto á donde se habia retirado. Toda la Europa habria recorrido yo para hallarle, y vine á Paris con la misma esperanza, cuando supe su muerte leyendo un periódico.

Y al decir esto, Fany se deshizo en lágrimas.

Roberto, lejos de abatirse con una revelacion de esta naturaleza, se violentaba para no dejar escapar su alegría; sin duda

pensaba que su semejanza con el famoso tenor seria recompensada tarde ó temprano.

— ¿Respetaré tan sagrados recuerdos? dijo Roberto.

— Solo con esa condicion le permito á Vd. que siga sus visitas.

Roberto no deseaba otra cosa por el pronto. Con efecto, al dia siguiente se presentó como de costumbre, pero se halló con un coche de camino en el patio, y con la condesa vestida de viaje.

— ¿Se va Vd.?

— Sí, amigo mio; tengo esperanzas.

— ¿De qué?

— De volver á ver al hombre que amo.

— ¿Al cantante?

— Existe, lo sé de cierto.

— ¿Y cómo?

— En cuanto leí la noticia de su muerte, envié á Suiza á un criado inteligente para que buscara y comprara la posesion donde habia fallecido; pero nadie le ha visto ni le conoce en toda la Suiza.

— ¿Y piensa Vd. comenzar de nuevo sus investigaciones?

— Al instante mismo.

— ¿Querria Vd. hacerme una promesa?

— Veamos.

— Si todo cuanto haga Vd. es inútil, si debe Vd. renunciar á la esperanza de encontrarle, ¿me promete Vd. que aceptará por esposo al que es su vivo retrato?

— No puedo prometer eso, porque no podría dar mi corazón al dar mi mano: Vd. se le parece mucho, pero falta una cosa, y es aquella voz simpática, suave y divina cuyos acentos penetraban mi alma; aquella voz que se apoderó de todos mis sentidos cuando por primera vez le oí la cavatina de *Don Juan: Il mio tesoro*.

Por toda respuesta á estas ardientes palabras, Roberto se fué al piano, le abrió, y con aquella voz simpática, suave y divina que le dió tantos triunfos, cantó la famosa cavatina de Mozart: *Il mio tesoro*.

— ¡Genaro! exclamó la condesa ebria de alegría...

Y aquí acaba la historia, que por cierto no es de esta semana, pero que sí ha salido á relucir estos últimos dias en una crónica de salones de donde la extractamos, con motivo de haberse presentado en público por primera vez, unidos en santo matrimonio el baron Roberto y la condesa Fany, con ánimo de solemnizar este invierno su extraordinario enlace que se efectuó en la última primavera.

A pesar de que hemos querido abreviar nuestra narracion, vemos que apénas nos queda puesto para enterar á nuestros lectores del resultado de la famosa querrela que entabló contra el director de la Opera M. Miskewietz por haber visto representar el *Freychutz* de M. Weber con mutilaciones, á su juicio y al de otras muchas personas, degradantes para el inmortal maestro. Sin embargo, resumirémos el fallo en dos palabras. El tribunal conviene con el demandante en que la ópera está horriblemente mutilada, pero fundándose en que las supresiones datan de una época remota ya, concluye que M. Miskewietz no fué engañado como pretende, pues la noche que él asistió al teatro se representó la pieza como es costumbre y sin ninguna nueva omision aquella vez; por consiguiente, el director de la Opera ha sido absuelto: no hay como la justicia para hallar estos expedientes y salir del caso.

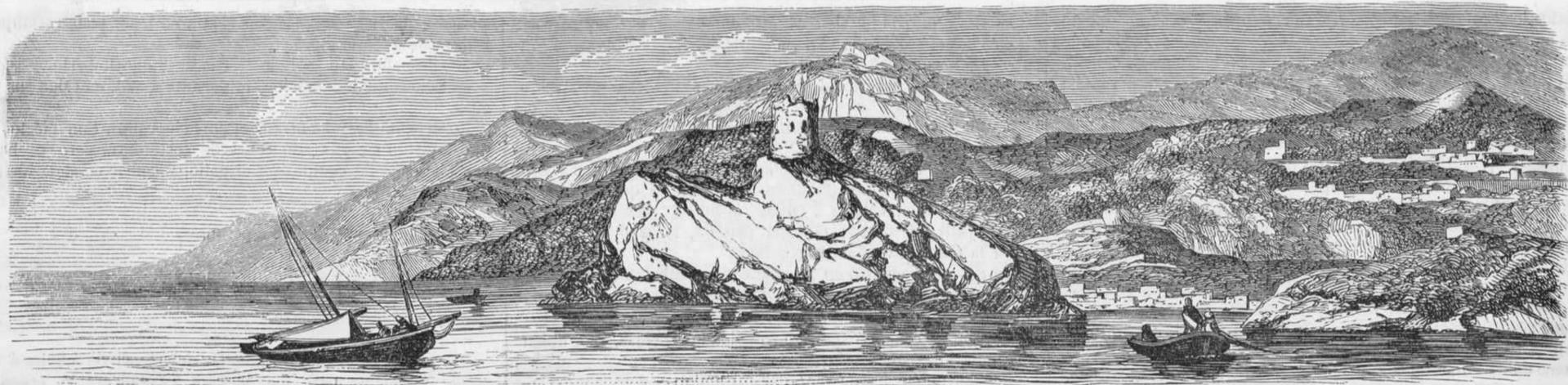
MARIANO URRABIETA.

11 diciembre 1853.

Excursion pintoresca á la Córcega.

Acababamos de dar la vuelta á la punta de la isla, y el sol esparcía á través del aire mas puro sus rayos directos sobre las montañas orientales del Cabo. Habíase levantado el telon y mi vista buscaba con anhelo los caracteres particulares del nuevo país que iba á desarrollarse ante mis ojos. El lapicero fijaba en el papel todo lo que me parecia digno de un recuerdo. Tomé sobre una roca desde luego una de esas torres construidas en otro tiempo para contener las agresiones de los sarracenos. En la llanura lo mismo que en las alturas se perciben varias aldeas y caserios que el lápiz pudo reproducir así como los contornos de las montañas; pero por desgracia era impotente para reproducir el color encarnado de la torre del primer plano, y la pintura misma podria dificilmente presentar la degradacion de tonos verdosos y azulados de la rica vegetacion que cubre á este país.

Apartando la vista hácia el costado opuesto veíamos dibujarse en medio de los brillantes vapores que acompañaban á la salida del sol, las montañas de la isla Capraya y las rocas puntiagudas de la isla de Elba. Avanzando hácia el Sud las pendientes de las montañas corras se suavizaban; los olivos reemplazaban á los árboles silvestres, todo anunciaba la proximidad de los lugares habitados. En efecto, pocos instantes despues, entré en el puerto de Bastia, en el centro de un anfiteatro de rocas y de casas muy altas. Paseando rápidamente la mirada sobre todos los puntos del cuadro que acababa de ofrecérseme, me llamé la atencion la forma de una roca que se halla á la entrada del puerto, y cerca de la cual se detuvo nuestro buque. Esta se llama la roca del *leon*, porque tiene en efecto la figura de un leon sentado. Si en el dibujo que hice al instante habia sacrificado algunos detalles por fijarme en el aspecto de la mole, no pude omitir lo que en la forma de la roca autoriza su nombre, y así se verá que puede experimentarse cierta ilusion creyéndose realmente ver un



Cabo Corso. — — Torre de la Finocchiorola.

leon sentado, semejante á las esfinges del Egipto. Esa falange de jóvenes nadadores jugando sobre los costados y lomo del animal, noson inventados, pues la escena que represento se repite con frecuencia. Dicen que el leon es magnífico cuando el movimiento de las olas deja ver sus piés de alga y va á romperse en espuma á la parte posterior: todo tiembla ante la tempestad; él solo es inalterable.

Tratado de esta manera el asunto tendria sin duda mucho efecto de contraste y mucha poesia; pero no me ha sido posible observarlo en tales condiciones, y mi lápiz no debe ser mas que un fiel narrador de lo que yo he visto.

Nada hace suponer que la mano del hombre haya tocado jamás á esta roca. Por lo demás, si se hubiera querido con el martillo y cincel dar mayor exactitud á las formas, se habría quitado al leon su mayor mérito, que consiste en



La roca del Leon.

era el monumento mas significativo que pudiera ofrecer, y que equivalia á la historia de la Córcega simbólicamente trazada á la entrada de su puerto.

Mientras yo terminaba mi dibujo, la aduana concluía su inspeccion del buque. Pude, pues, echar pié á tierra; otros fueron á buscar alojamiento en la fonda donde instalarse y descansar. Esto se comprende bien entre las gentes que no tienen el demonio en el cuerpo como suele decirse de los artistas, pero ¿cómo puede pensarse en estas cosas cuando en cada ojeada se encuentra un cuadro enteramente nuevo? Así, siguiendo mi costumbre, dejé mis efectos en la aduana y me apresuré á recorrer el puerto donde me senté, y desde el sitio mas lejano de la entrada dibujé la vista que presenta la roca del leon.

ser un fenómeno natural. Se ha dicho con oportunidad que para un país pobre y lleno de energía, este leon

En las casas nuevas y bien situadas á la derecha se observa ya esa superposicion de pisos que con asombro



El puerto de Bastia

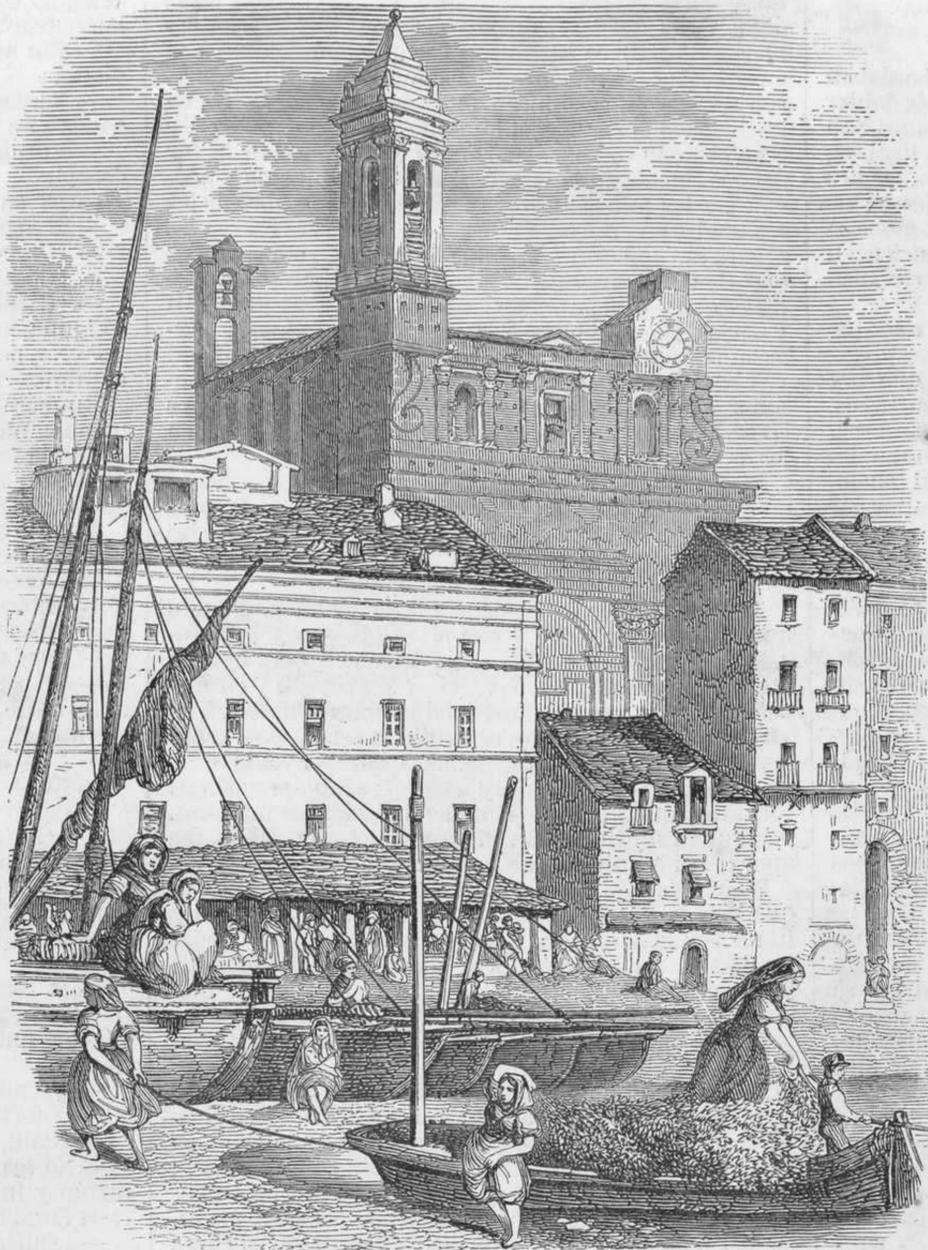
se ven en los antiguos barrios de la ciudad.

Sin cambiar de sitio, volviéndose un poco hacia la derecha, se ve elevarse sobre las casas inmediatas al puerto, la iglesia de San Juan, la mas grande de Bastia, y sin duda la Córcega entera. Su torre blanca y esbelta contrasta graciosamente con la masa de la iglesia, construccion de ladrillos muy colorados.

Las lanchas pescadoras alineadas sobre la arena á la orilla del agua, otros botes menores conduciendo haces de leña recogidos en la costa, y que las mujeres suelen descargar, todo esto se combina de dia con tan buenas condiciones pintorescas, que me ha parecido conveniente conservar su recuerdo. A pesar de la pequeñez de mis dibujos se conocerá que la arquitectura de la iglesia de San Juan pertenece al estilo general de los siglos diez y siete ó diez y ocho, y en particular al buen gusto genovés.

Prescindiendo de raras excepciones acerca de las cuales se ha extendido tanto Próspero Merimée en su obra sobre los monumentos de la Córcega, todas las iglesias del país desde las mas pequeñas á las mas grandes pertenecen al gusto indicado, y si yo hubiera tenido mas tiempo para ello habria dado el ejemplo mas característico ilustrando la fachada oriental de la iglesia de San Juan, cuyos arcos, formados por gran porcion del circulo, las columnas de mármol negro y las bases de estas columnas revelan el gusto de los genoveses, que como es sabido, dominaban en Córcega cuando se construyeron estas iglesias. Se ven en la de San Juan, como en otras muchas, algunas tumbas de hombres célebres y cuadros que no serian indignos de mención; pero todo esto se ha dicho ya, y yo no quiero malgastar tiempo en repetirlo.

Entre las diversas maneras con que



La iglesia de San Juan en Bastia

presento aquí. Un corpiño entrelazado y muy abierto, y una cofia compuesta de dos pañuelos, de los cuales el superior se lleva de muchas maneras. Tan pronto lo atan por debajo de la barba, tan pronto lo llevan levantado, y siempre ofrece un tocado de muy buen gusto. Por desgracia la tela de todo el traje es de lo mas ordinario, consistiendo cuando mas en indiana de algodón, pero en los dias de fiesta el corpiño es de terciopelo negro, y otras telas de mejor calidad y gusto reemplazan á la indiana.

Si el traje es un objeto digno de mucho interés, la fisonomía merece mas atencion indudablemente.

Aunque la Córcega es un país aislado por el mar, ofrece en sus habitantes esa mezcla de tipo y de temperamento que la mezcla de tantas razas distintas ha producido en la Europa entera. No obstante, se ve allí predominar el color moreno, los cabellos castaños, esa regularidad de las facciones que caracterizan á los italianos, á los franceses del Mediodía y á los españoles. Pero si la belleza puede existir en todas las condiciones del color, del temperamento y de la raza, esta es bastante rara, y hay quien dice que se oculta en Córcega. Seria pues necesario mucho tiempo y vivir bajo muy favorables circunstancias para dar una apreciacion estadística de la hermosura humana en este país, por lo cual dejo para mejor ocasion mis observaciones sobre este punto. Entre tanto me limito á reproducir aquí un tipo femenino tomado de una aguadora. ¿Qué agua será esta? ¿No será un remedio ó cosmético semejante al agua de Colonia? Es algo mas que esto; es el agua mejor que se conoce en toda la tierra. « Tal es, dice un viajero, la frescura y ligereza de esta agua que cree uno estar bebiendo aire. » Se experimenta un doble placer en matar allí la sed, y por mi parte aseguro ha-

das condiciones. Se sabe que ahora en todos los países del mundo, las damas no tienen otra regla á que atenerse que los figurines de Paris, exceptuando á la España donde la mayor parte de las señoras conservan su gracioso traje nacional; pero en ninguna parte las artesanas se han sometido al yugo del sombrero. En Bastia hacen su cofia con un pañuelo como las burdalesas, poniendo encima un pequeño velo de encaje negro. El resto del traje ya se considere la saya, el chal, etc., es siempre de un color oscuro. En suma, el efecto general es bastante bueno y característico. Subiendo hacia la cabeza que por lo regular está algo escondida, las artesanas se adornan con buen estilo y bastante severidad.

Las mujeres del Cabo de la Córcega circulan en gran número por las calles de Bastia donde despues de haber vendido algunos frutos de su recoleccion van á comprar pañuelos y todo lo que necesitan para adornarse. Asi, en el almacén que me servia de observatorio y taller no me faltaban los modelos, y gracias á su amabilidad pude hacer cómodamente muchos estudios exactos y ofrecer el resumen de uno de los grupos que



Aldeanas del Cabo-Corso.

puede presentarse la belleza pintoresca, la del traje es sin duda una de las mas importantes, porque su accion es siempre el auxiliar de otros efectos simpáticos dependen de las relaciones naturales de los hombres que entre si.

En Bastia, la especie masculina se viste del modo mas insignificante, por no decir del modo mas innoble. El pantalon, la chaqueta y el casquete no se diferencian en nada de lo que vemos entre los aldeanos del Mediodía de la Francia.

En cuanto al traje de las mujeres, tampoco hay ninguna particularidad chocante como las que se encuentran en la Normandía ó en el país de Arles, pero sin embargo es digno de atencion.

Bien acogido por un comerciante de telas del puerto, yo estaba bien colocado para ver llegar mujeres de to-



Aguadora de Cardo.



Joven viuda de Córcega y artesanas de la ciudad.

ber encontrado esta agua exquisita. Además ofrece un gran recurso á los pobres habitantes que van á venderla en Bastia, llevándola en frascos cubiertos de paja, dando un frasco de agua por un cuarto. Dicese que el agua de Cardo era uno de los mas agradables recuerdos que el rey Bernadotte conservó de su patria, no olvidando que la bebia cuando era soldado raso y trabajaba en el camino de Saint-Forent.

Yo habia visto y dibujado ya bastante en los alrededores del puerto de Bastia: mi conciencia estaba tranquila y mi curiosidad satisfecha; podia ocuparme en buscar donde pasar la noche que se iba acercando. Descansé entónces y me permitiran ustedes que descansé tambien ahora dejando para otro dia la narracion de lo que ví en el interior de la ciudad.

J. B. L.

La Puerta del Sol.

(Conclusion.)

Prescindiendo de la *isla funeraria* á la que abordaban todos los músicos trashumantes, ansiosos de oír doblar á muerto, y de otras varias islas cuyos habitantes han ido á poblar la Plaza Mayor y otros diferentes lugares, aun nos quedan las dos perlas del Archipiélago, las dos poblaciones mas importantes del lago. Pasarlas en silencio equivaldría á suprimir, á borrar del globo la Puerta del Sol, y no podemos hacerlo en conciencia. El *golfo del oro* y el *apostadero de la silla ministerial*, son los asuntos principales del cuadro.

Empecemos por el oro, que á fe que siendo ricos podremos dar mas largo plazo á las esperanzas.

Engolfémonos en ese mar de riquezas con que nos brinda la falange de los nuevos descubridores auríferos. Convengamos con ellos en que nuestros padres fuerón unos babiecas que perdieron el tiempo en contar las siete cabrillas, sin ocurrirles bajar los ojos al suelo, donde habrían visto lo que ya no es posible ocultar por mas tiempo.

¡ Pobres gentes, que expusieron su vida por buscar en el Perú cuatro migajas de oro, y no vieron que al hacerse á la vela abandonaban una península de plata!

Sombras ilustres de Cristóbal Colón, de Hernán Cortés y de Pizarro, venid y prosternaos ante nuestra sabiduría minera, ante nuestra potente brújula, que sin mover el pié del pedestal en que la dejasteis aguardando las flotas de América, ha sabido encontrar los verdaderos tesoros del mundo, y ya puede gritar: ¡Plata, plata! ¡ ya tenemos plata!

Ya somos ricos, muy ricos, y no debemos á nadie nuestra riqueza. Ni á los algodones catalanes, ni á los caldos andaluces, ni á los granos de Castilla. No hemos querido ser ni tejedores, ni vinateros, ni ménos labriegos: somos mineros.

Mineros, eso sí y á mucha honra, porque no habrá quien compare el producto que da una fanega de tierra sembrada de trigo con el que puede dar si se caba y se profundiza, y allá en lo íntimo de sus entrañas descubre un filón de plomo argentífero ó de puro argento, que todo puede suceder y sucede, y de ménos, de mucho ménos aun nos hizo Dios.

Y una prueba de que esto es verdad, es la de que parece imposible que sean mentira esos mortales que danzan y bullen en el golfo del oro, con cada mendrugo de plata en la mano mayor que una libreta.

Acércate, lector, quiero que los veas y los oigas por tí propio, para que no me taches de exagerado, y para que vayás haciendo amistad con ellos, porque no ha de ser esta la única vez que hemos de hallarlos en nuestro camino.

En la época actual, á cualquier punto que vayamos, hemos de tropezar con mineros explotadores de mineral, ó con mineros explotadores de la explotación de minas.

Estos últimos forman una inmensa mayoría: ellos son los que hormiguean en derredor del edificio de correos, llenos los bolsillos de lastre mineral y la cartera de inscripciones anónimas; ellos son los que poseen la verdadera ciencia de hallar si mpre el filón, y ellos en fin los verdaderos hombres del siglo minero.

Ya los veremos reunidos en junta general ó en junta de dirección ó en junta de gobierno; los mineros son tan aficionados á juntas y á discusiones, y son tan diestros en ellas, que arrancan con un solo discurso 500 ó mas quintales de plata de la mas estéril de las rocas. Pero no una plata de mala ley ni de naturaleza cuestionable, sino acuñadas en pesos duros mejicanos, capaces de convencer y de confundir al mas incrédulo de los mortales.

En la misma Puerta del Sol, al aire libre, sin pozos ni galerías subterráneas, trabajan á cielo abierto una porción de minas y descubren filones de una potencia enorme, sin mas trabajo que el de echar un barreno al oído de los incautos.

Las voces mas usuales en aquellos círculos son las siguientes:

« Virgenes de la Zarza, á 12,500 duros. — San Antonio, á 4,000. — Esperanzas, á 100 duros. — Un cuarto de ilusión, en 20,000. — Media Santa Clara, en 700. — La tercera Nicolasa, á 500; etc. »

Y al recitar de semejante tarifa acompaña el misterioso descubrimiento de un enorme pedrusco, recién llegado á la plaza, y que viene anunciando un fortuna disparatado.

Se trata de un riquísimo criadero de plata nativa que... buscando setas, por ejemplo, descubrió un pobre pastor, al cual cuatro amigos le compraron el secreto en cuatro, ó cinco, ó diez, ó doce mil duros, la cantidad no hace al caso; pero es el único mineral positivo que se ofrece á la vista del comprador. Por supuesto que no se ha querido dar participacion sino á los amigos, ni se han emitido mas que 100 acciones, repartidas como pan bendit oentre diez sugetos. Hay pedidos á docenas, y hasta el gobiernó quiere tener participacion en el negocio. Pero todos quedarán iguales, porque ese tesoro se guarda para los amigos.

Si los que escuchan la historia del criadero son capaces de hallar otro pastor que buscando setas se hunda en plata hasta la rodilla, se sonrien y el barreno no da resultados. Pero el verdadero minero no gasta la pólvora en salvas, y cuando agarra la mecha el golpe es seguro. Difícilmente dejará de oírle algun honrado propietario, de aquellos bienaventurados mortales que el año de 1808 pusieron sus economías dos varas debajo de tierra y cuatro años despues tres varas mas hondas, y en 1820

no se hable, y cuando entraron los Angulemas no se diga. A esos inocentes ancianos, que cuando oyeron hablar de donativos patrióticos echaron cinco llaves á la gaveta, y al nacimiento del sistema tributario estrenaron un cerrojo de quince pulgadas de grueso, les ha trastornado el cerebro el humo del carbon de piedra, y revoloteando como las mariposas en derredor de la luz del gas, maldicen la crisalida del oscurantismo y abogan por las minas apénas curados del descalabro de las sociedades anónimas.

Para eso descubrió la mina el pastor, y esos son los que tienen la ingratitud de trocar los retratos de 320 reales que les dejaron sus amados monarcas Carlos III y Carlos IV, por un pedazo de papel continuo, y perfectamente litografiado y lleno de rúbricas y geroglíficos.

A sus casas vuelven todos los dias cargados de ilusiones y ricos de esperanzas, con cuatro onzas de ménos en los bolsillos del chaleco, y 20 ó 25 libras de mas en los de la levita ó la casaca.

Pero hemos ofrecido asomar las narices al apostadero de la silla ministerial, y ya no tiene remedio. Es preciso dejarse llevar por las circunstancias y situarse en el esquín de la calle del Carmen, ó mejor dicho, en el primero tercio de la calle de la Montera.

Aunque la nave del Estado vaya en bonanza, milagro que rara vez acontece, y esté en calma siempre el proceso de las pasiones políticas, el barómetro del apostadero señalará nublado, ó vario, ó tempestad, y en una palabra, *crisis*. Los habitantes del apostadero no saben vivir fuera de ese elemento, necesitan la crisis, como el pez necesita el agua y el pescador las grandes avenidas del río. Y esa necesidad es muy natural; se comprende con solo saber que ninguno de aquellos isleños es ministro, ni siquiera subsecretario, ni aun director, y si Vds. me apuran, ni escribiendo de la dirección.

Figúrense Vds. y se figurarán la purísima verdad, que toda la gente que allí se reúne es mayor de edad y libres por lo tanto para gastar su hacienda como mejor les plazca. Su hacienda es el tiempo y le emplean en tomar el sol en invierno y la sombra en verano, quitando y poniendo ministros, sublevando provincias, levantando partidas de facciosos y trazando conflictos internacionales.

Al forastero que cruza por entre aquellos grupos, se le antoja que son otras tantas cuadrillas de vagos que están allí pasando el tiempo como pudiera pasarlo en presidio ó en cualquier otro entretenimiento parecido, y resulta que el forastero se engaña... como un chino, que á decir de las gentes siempre engañadas por los hijos del Celeste Imperio, son los mayores bobalicones del mundo.

Los vagos del apostadero ministerial son gente tan aplicada, que el ménos trabajador se atreve á tomar sobre sus hombros y aun á pecho la presidencia del consejo de ministros. Todos ellos son como el verdadero aficionado á la caza, que cuando no puede echarse á la cara reses mayores, se va al coto á buscar conejos ó sale á matar perdices, y á falta de estas va á matar vencejos; y por último, si no hay mas que alondras, á las alondras tira, que no es cosa de volver á casa con el morral vacío.

El verdadero habitante del apostadero sale á cazar noticias, y si es tiempo de veda en el campo ministerial, dirige la puntería á las provincias ó al extranjero, y caza lo que se presenta para no volver á su casa desprovisto de noticias.

Acércase al primer grupo de amigos y les saluda, diciéndoles:

— ¿Qué tenemos?
— Vd. dirá, le responden.
— Yo no sé nada, replica sonriendo; anoche á última hora se dijo si había crisis... pero yo no lo creo.

Aun no ha pronunciado la palabra crisis cuando se destaca del grupo algun amigo, y acercándose á otro corrillo, dice con aire de misterio:

— Señores, noticia, el ministerio está en crisis.
— ¿De veras? le preguntan.
— Era de esperar. ¿Salen todos?
— Todos.
— ¿Y quién entra á reemplazarlos?

— No se sabe.
— Calle Vd., replica algun observador, yo he visto hace cosa de una hora pasar hácia palacio y muy de prisa el coche del general R... Tal vez...

Antes de que el orador acabe su discurso, ya se ha separado del corro un sugeto que se acerca á otro grupo, diciendo:

— ¡ Con qué ya tenemos nuevo ministerio!...
— Noticia fresca, le replican, ¡ si ayer trajo la *Goceta* los nombramientos!
— Pues está Vd. tocando el violon; ese ministerio ha caído.

— ¿Cuándo?
— Ahora mismo.
— No puede ser, acabo yo de ver á...
— A quien Vd. quiera; lo que yo aseguro á Vd. es que está formando ministerio el general R...

— ¿Y se sabe con qué personas cuenta?
— Es natural que llevé para Estado al marqués M...
— ¡Valiente calabaza!
— Para Hacienda á J...

— ¡Santa Bárbara nos asista! No van á quedar ni los ochavos de tanteo para el tresillo.

— En Gracia y Justicia entrará L...
— ¡Qué disparate! Harán renuncia todos los magistrados.

— ¿Y porqué? es de la carrera.
— Tiene Vd. razon, estudió leyes, y al único reo que

defendió como abogado, pedía el fiscal la inmediata, y le ahorcaron de resulta de la defensa.

— Eso no tiene nada que ver para que sea buen ministro.

— Verdad es, siga Vd. diciendo. ¿Quién cree Vd. que entrará en Guerra?

— El mismo R..., que tendrá la cartera y la presidencia.

— ¿Y en Marina?

— El general M...

— ¿Con qué cree Vd. que habrá tres generales?

— ¡Cómo no sean cuatro ó cinco!

— ¡Cáspita! Pues entónces harán ministro de Gracia á algun general.

— No, pero si él queda solo con la presidencia y en el ministerio de Estado no entra el marqués.

Tampoco esperan los de este grupo á que acabe el preopinante de discurrir acerca de lo que podrá suceder en la formación del nuevo ministerio, y acercándose á los demás corrillos, agitados ya con la noticia de crisis, dicen:

— ¿Con qué saben Vds. ya los nombres de los nuevos ministros?

— ¿Es cosa segura?

— Me acaban de afirmar, persona que tiene motivos para saberlo, que juran dentro de media hora.

— Pues vengan.

— Guerra con la presidencia, R...; Estado, el marqués de M...; Hacienda, J...; Gracia y Justicia, L...; Marina, M...; y Fomento, H...

— ¿Y Gobernacion?

— No se sabe.

— Pues falta lo mejor.

— Echarán mano de algun general.

— Es probable.

— Pues dígame á Vd. que será cosa de que todos aprendamos el ejercicio.

— Amigo mio, es preciso andar con las circunstancias.

— ¿Y cree Vd. que esta gente resolverá la cuestion?

— ¿Durarán mucho?

— Lo que la sal en el agua... Este ministerio nace muerto.

— ¿Tendrá mayoría en las córtes?

— ¡Qué han de tener!... Ni veinte votos.

— ¡Bah!... ¡Cómo no den *turrón*!...

— No sea Vd. niño, aunque den *turrón*... Se lo comerán y luego... á buscar otro padrino.

— Pues, tendrán que disolver.

— ¿Quién lo duda?

— En ese caso, dígame á Vd. que para elecciones no nos alcanza el tiempo.

Y así ni mas ni ménos, siguen conjeturando acerca de la conducta que seguirán en el poder aquellos hombres que el mentidero de la Puerta del Sol acaba de elevar á los primeros puestos de la nacion.

De una noticia de crisis negativa, de un hombre que llega diciendo que ha oído hablar de crisis, pero que no la cree, se ha formado un completo y al parecer positivo cambio ministerial. Y lo mas chistoso del caso es que al mismo autor de la inocente noticia se la devuelven tan acabada y completa, que le es imposible adivinar su origen, y la da entera fe y crédito.

El mismo rumbo lleva cualquier otra noticia sobre aparición de facciosos, ó cosa por el estilo. De doce pasan á ser doscientos, y acaban en ocho mil, á cuyo número el autor de la noticia añade los doce que á él le constan, y vuelve á su casa con ocho mil facciosos mas.

Son las noticias en ese mentidero lo mismo que las bolas de nieve: se sueltan como un garbanzo y cuando acaban de rodar tiene el volumen de una montaña.

Y mientras los políticos batén el cobre en el apostadero, siguen cruzando el lago y haciendo conversiones de sol y sombra los demás parásitos de las islas inmediatas, mirando el reloj cada vez que repite la hora, esperando que sea la una para ver salir la gente de la misa del Buen Suceso, y resignándose á continuar allí hasta las seis de la tarde, á cuya hora parten los correos, siempre favorecidos por una extraordinaria concurrencia.

El negociante perrero, que desde que la célebre Mariblanca se retiró del bullicio del siglo á la soledad de la plazuela de las Descalzas, es la figura mas importante de la Puerta del Sol, sigue inmóvil con su alforja llena de habitantes del nuevo mundo, ó de peninsulares rebajados, que esto de hacer pasar un perro de lanas crecedero por un americano liliputiense, es el gato por liebre del comercio canino.

Nunca pregona su mercancía, y aun hay quien dice que le ha visto enternecerse cuando ha tenido que hacer el sacrificio de cambiar un perro por una onza de oro. Pero esto no se sabe de cierto; y no falta quien diga que no llora el perrero, sino el marido de la señora que compra el perro. Cosa muy natural, no por el dinero sino por los pobres animalitos que están sujetos á un tráfico capaz de excitar el dia ménos pensado la filantropía de los ingleses. Gente tan humana y compasiva, que por acudir al socorro de los negros tienen la abnegacion de ver morir de hambre á sus propios hermanos los blancos de Irlanda, y aun á los mismos bretones.

Los demás negociantes de la Puerta del Sol son todos industriales de poco pelo. Aguadores, fosforeros, boleros y algun otro vendedor de papel cortado para cartas.

Industria tan moderna como la de escribir, que en cierta clase de gentes tiene muy poca antigüedad.

FLORES.

El crepúsculo de la edad.

Resbala el día por el alta cumbre
De la tierra fragosa de Occidente,
Del sol apenas la postrera lumbre
Ciñe allá de los árboles la frente.

Tristes las horas son de despedida,
Melancólicas, dulces á la vez.
Día de hoy... ¡á Dios! Vas de partida
Y he dado un paso mas á la vejez.

Mi alma se recoge en la tristeza,
Un sentimiento vago me domina...
¿Dónde se fué mi juvenil fiereza?
Declinó como el sol que ora declina.

Y héme como el crepúsculo en la tarde,
Que ni le viste la risueña luz,
Ni la traidora sombra osa cobarde
Sepultarlo en su lóbrego capuz.

Y héme aquí en el crepúsculo terrible
De una noche de hielo sin aurora;
Ni luz ni sombra soy, la indefinible
Edad de la razon llamó á su hora,

Llamó y se despertó, con mano ruda
Mesando mi cabeza sin piedad,
Seca mi cabellera, y á la duda
Me arrastra por llevarme á la verdad.

A la verdad estéril de ilusiones,
Campo sin una flor que lo engalane,
Sin que pasen por él las estaciones,
Sin que una fuente á sus orillas mane.

¡Ay! que sobre las palmas por consuelo
Grave, nublosa dóblase mi frente,
Y mis ojos se clavan en el suelo,
Sin exámen la vista indiferente.

Cada hombre me ofrece un enemigo,
Cada mano me tiende una lazada;
Mil caminos emprendo, no los sigo,
Y atrás vuelve la planta acobardada.

Pasan en torno á mí con galanura,
Festivas como el beso de un infante,
Mujeres mil de divinal hechura
Vertiendo amor del senc y del semblante.

Un tiempo corrí en pos de su belleza,
La mas pura me amó de las hermosas,
Luego vendió mi amor á la riqueza...
Pasad, huid, mujeres veleidosas.

¿Dónde estoy? ¿Dónde voy? ¿A qué he nacido?
¿Porqué me agito en continuada guerra?
Los días se desploman al olvido,
É ignoro mi mision sobre la tierra.

Mis ilusiones ya desvanecidas,
Pálidas, van cayendo deshojadas,
Como las flores en abril nacidas,
Como las flores en abril tronchadas.

¿Dónde fué la magnífica pradera
Juventud que tendías á mis ojos,
Con bosques de pomposa cabellera,
De rosas llenas y claveles rojos?

Allí junto al laurel galan mecia
Su copa con sonoro movimiento,
El mirto que al laurel entreteja
Lasciva yedra columpiada al viento.

Oí de fuentes mil grato murmullo,
Ví el serpear del agua entre las flores,
Y el continuado velador arrullo
De palomas oí cantando amores.

Mas leves que mi leve pensamiento
Por el éter cruzaban vagarosas
Las aves con dulcísimo concento
Y las pintadas mudas mariposas.

Vió Siltides de amor mi fantasía,
Ya columpiarse de flexible rama,
Ya, tras de aéreas danzas de alegría,
Reposar voluptuosas en la grama.

Y la voz de la virgen solitaria,
Y el laud que se unia blandamente,
A compás de su tímida plegaria
Hirió mi oído, arrebató mi mente.!

Latió mi corazón enardecido,
Y ansiaba yo llegar á la pradera
Fehz, donde se oía el estallido
Del beso y de la risa placentera.

Y un palacio de altísima techumbre,
De riqueza magnífica, oriental,
Aleñaba la fama allá en su cumbre,
Fráneas las puertas de oro y de cristal,

Me brindaba en mitad de la pradera,
La fama con su trompa me llamó;
Allá corrí, y en medio mi carrera
Se hundió el alcázar y el Eden se hundió.

¿Dónde fué, juventud, tanta hermosura?
¿Dónde tanta armonía y mocedad?
¿Dónde tanta belleza y galanura?
¿Tanta riqueza, amor y vanidad?

Tú que te anidas loca en la esperanza,
Que necia te deleita el porvenir,
Felicidad querida, ¿quién te alcanza
Como no estés allende del morir?

Que en este ingrato y transitorio suelo
Es el dolor la única verdad,
Bañemos, ¡ay! la muerte de consuelo;
Acaso el bien esté en la eternidad.

Pero en el largo y árido camino
Que media entre mi edad y el ataud,
Enfermo y como el triste peregrino
Que en el desierto fatigó el *zimoun*,

Pasarán sobre mí días y años,
Marchitando mis ojos y mi tez,
¡Ay de mí! ¡llegarán mas desengaños
A emponzoñar el alma en su viudez!

¡Dejadme! ¡huid! no me nombreis amigo,
Vosotros que en la torpe sociedad
Cual vil moneda comerciáis conmigo
Para hendir de fausto y vanidad.

¡Dejadme! ¡huid! la inmensa pesadumbre
Que me cargais pretendo sacudir;
Y mi dolor, mi estado y servidumbre,
Mi propio pensamiento quiero huir.

Tráiganme mi caballo que agitado
Al excitar su indómito valor,
Ya en el galope amenazante alzado,
Tendido ya al escape volador,

Si huyendo va la rienda no le llama;
La sociedad, el mundo queda atrás,
Y el viento que silbando se derrama
Por mi frente, la enciende mas y mas.

Al pasar como el soplo del olvido
La enciende, sí, de juvenil ardor,
¡Ea! traedme mi brido querido,
Quiero apurar su indómito valor.

.....
.....
.....
.....

Triste consuelo de la humana vida
Es fatigarse el hombre y relinchar,
Para que el alma caiga adormecida,
Y el pensamiento deje de pensar.

A. ROS DE ULANO.

Juan el Ginete.

CUENTO MORAL.

Un tratante en caballos habia llegado de la feria, y despues de haber entregado su caballo á su criado para que lo condujese á la cuadra, subió ponderando á su familia la adquisicion ventajosísima que del caballo habia hecho.

— ¡Qué contento estoy!... decia sentándose alegremente en una silla; he comprado un potro magnífico... Cuatro años.... siete cuartas y dos dedos.... ¡Qué ganga!

Juanito, al oír las ponderaciones de su padre, bajó bonitamente á la cuadra, y entrando en ella con Sebastianito, uno de sus camaradas, empezó á acariciar el ensillado todavía.

El potro, cansado tal vez del camino, no daba muestras de impaciencia.

— ¡Qué manso!... dijo Sebastianito; ¡qué gusto será ir montado en él!...

— Tienes razon, contestó Juanito... Si me ayudaras á montar saldria á dar dos vueltas...

— ¿Y tu padre?

— Está cansado; lo que ahora no bajará tan pronto.

— Pues manos á la obra.... Con una condicion por supuesto.

— ¿Cuál?
— Que en dando tú dos vueltas, yo tambien daré otras tantas.

— Convenido... vamos allá...

— ¿Y el bocado?

— Basta con el ramal.

— Sin embargo, es tan manso... Mas vale que vayas en regla... yo pondré el bocado al caballo... tú colócate las espuelas.

En un cuarto de hora, Juanito estaba montado á caballo, y marchaba al trote, á la ventura, seguido de Sebastian.

— ¡Pica espuela!.... gritó este último: no corre nada.

Juanito hincó efectivamente la espuela dos ó tres veces seguidas, y el caballo, sintiendo el dolor y queriendo despojarse de la fastidiosa carga que llevaba, y cuya debilidad comprendió por instinto, echó á correr á galope, ligero como el viento.

— ¡Bravo... bravo! exclamaba Sebastian lleno de alegría: ahora sí que vuelo.

Pero Juanito, que no podia detener el caballo, y que se vió precisado á abandonarle á su capricho, iba lleno de miedo, temblando caerse y estrellarse contra las piedras.

— ¡Adelante... adelante! exclamaba Sebastian con entusiasmo.

Pero el pobre Juan abandonó los estribos, perdió la brida, y agarrado con desesperacion al cuello del caballo, se preparó á morir.

El caballo, caliente, desbocado y frenético, saltaba zanjás, atravesaba senderos, y no reconocia obstáculos.

Afortunadamente se introdujo en un terreno arado á hondos surcos, en los cuales, y en la tierra removida, se embotaban algo sus piernas. El niño, que no podia mas, se dejó caer desmayado, sin hacerse mas daño que el de dislocarse un pié.

El que escucha y pone en ejecucion lo que le aconseja el capricho de su inexperiencia, ó de la de otros, prepárese á sufrir las malas consecuencias de su ligereza. Verdad es que Juanito no tuvo por de pronto de qué quejarse, á no ser de su pié dislocado y del susto que habia recibido; pero faltábale el castigo de su padre, y tenia la conviccion de que solo una casualidad le habia salvado la vida.

Fontainebleau.

Las sociedades modernas han roto de tal modo con el pasado, que la mayor parte de los palacios y de los vastos edificios construidos por los antiguos reyes, han quedado sin destino ó se han adaptado á usos vulgares sin respeto alguno á la majestad de sus recuerdos. El castillo de San German donde nacieron Carlos IX, Enrique II y Luis XIV, donde Jacobo II encontró un asilo para su familia y su córte proscrita, es hoy una prision militar.

Versalles, este costoso capricho de un gran rey, obra á que concurren los Mansard, los Lebrun, los Mignard, los Girardon, los Lenótre... Versalles cuyo nombre resume todas las pompas, todas las magnificencias de la antigua monarquía, no es mas que un museo de pinturas modernas donde vamos á ver algunos héroes que han brillado en Francia.

Blois, célebre por la trágica aventura de los Guisas, se habia transformado en cuartel bajo la restauracion misma: las palabras soldadescas y las canciones mas chavacanas se hicieron oír en el oratorio de Catalina de Médicis.

Chambord, esta creacion ideal en que mil ochocientos obreros trabajaron durante doce años; Chambord, donde Francisco I escribia sobre un vidrio este axioma amoroso: *Sauvent femme varie, b'en fol est qui s'y fie*. Chambord el mas maravilloso palacio de la Francia, habitado unas veces por los reyes de esta nacion y otras por personas como Estanislao Leczinsk, y el mariscal de Sajonia, es hoy un sitio desierto y olvidado.

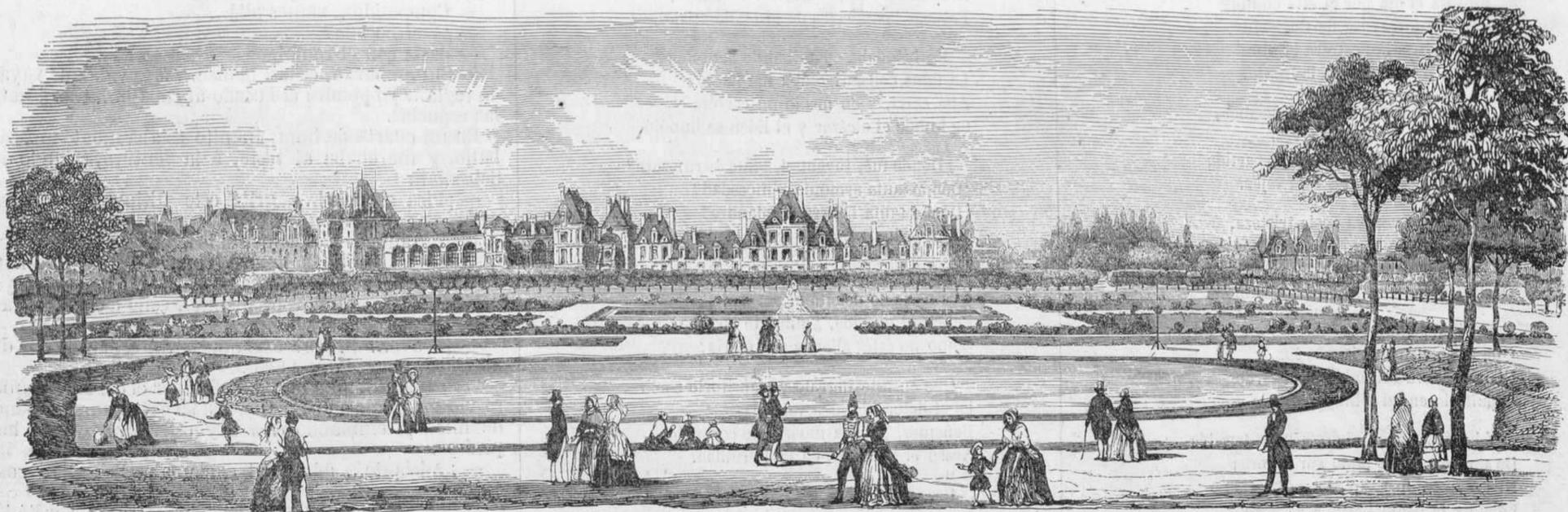
Fontainebleau mismo, obra de tantos reyes, rico en recuerdos de todas las edades, de tal manera, que parece haber pasado por allí toda la monarquía francesa, fué consagrado bajo el anterior imperio á una escuela militar. Verdad es que luego Napoleon trasladando la escuela á Saint-Cyr y tomando á Fontainebleau por su cuenta, puso allí un trono y dió alojamiento á un papa; las restauraciones fueron insuficientes y al rededor del palacio ántes por la córte imperial, se extendian edificios inferiores, salones solitarios en un completo estado de abandono. Los mas hermosos de estos salones y galerías, los que mas interés ofrecian bajo el punto de vista del arte, se han restaurado bajo el reinado de Luis Felipe. Citarémos entre otros la galería de Enrique II, la capilla de San Saturnino, la sala de San Luis, la de los Guardias, una de las mejor decoradas hoy, la de Francisco I, la escalera del Rey, la Puerta Dorada, etc. Si estas obras continúan, Fontainebleau volverá á su antiguo esplendor, pero no le darán lo que nunca puede tener, la vida. De tiempo en tiempo recibirá á la córte y despues volverá á ser un sitio solitario.

La extension de los edificios que constituyen Fontainebleau es tal que la techumbre sola presenta una superficie de 60,000 metros cuadrados. Su conjunto es tan

complicado, que para recorrerlo, mas de una vez se necesita la ayuda de un plano. El efecto á vista de pájaro,

que dimos en el número 49 es el de un plan pintoresco por medio del cual puede formarse una idea anticipada

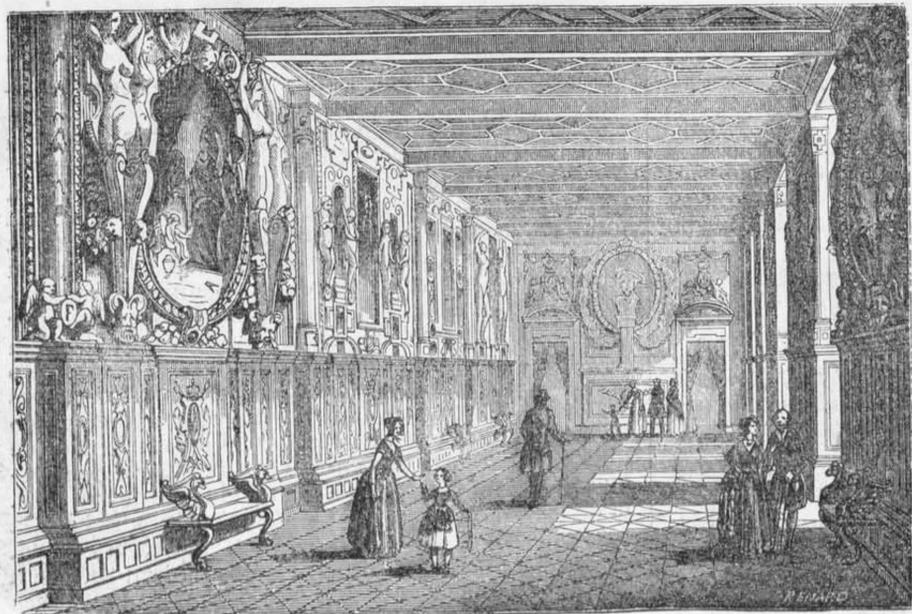
para hacer mas agradable despues el exámen de sus maravillas. Entre las que merecen especial mencion



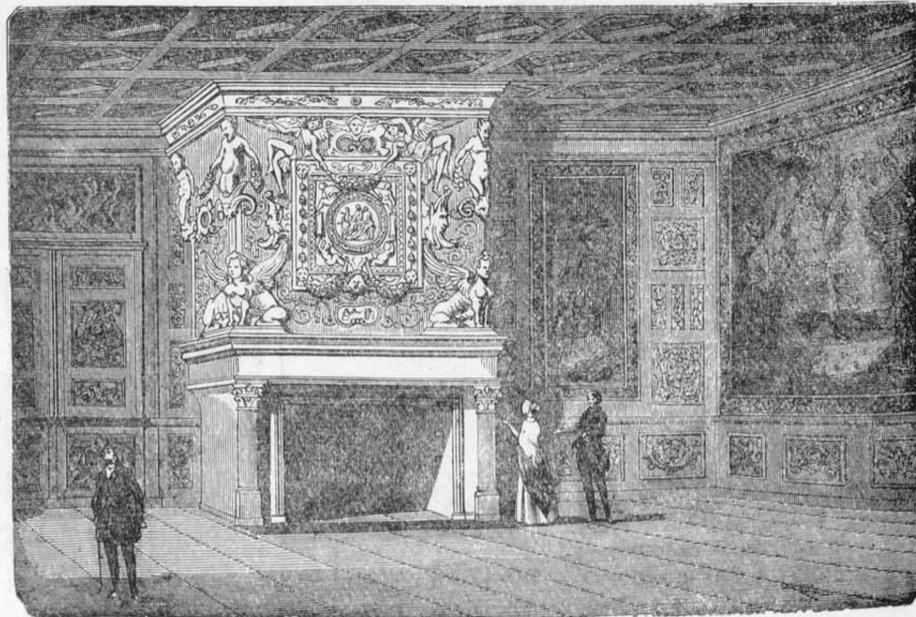
Fontainebleau. — Vista exterior del alcázar.



Fontainebleau. — Galeria de Enrique II.



Fontainebleau. — Galeria de Francisco I.



Fontainebleau. — Salon de Francisco I.

por sus recuerdos históricos, citarémos las siguientes : El patio de la Fuente con su estatua de mármol que

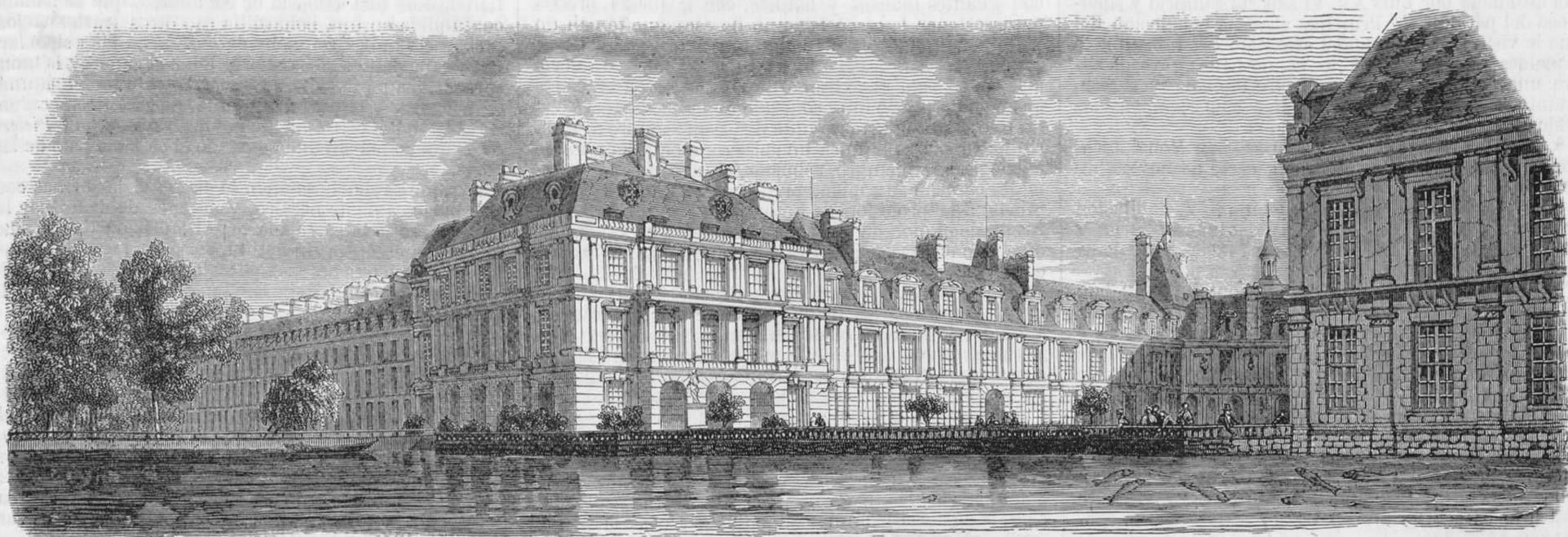
representa á Ulises y de cuyo pedestal salen cuatro caños de agua.

La galería de Francisco I, construida por este monarca para establecer una comunicacion entre el patio del

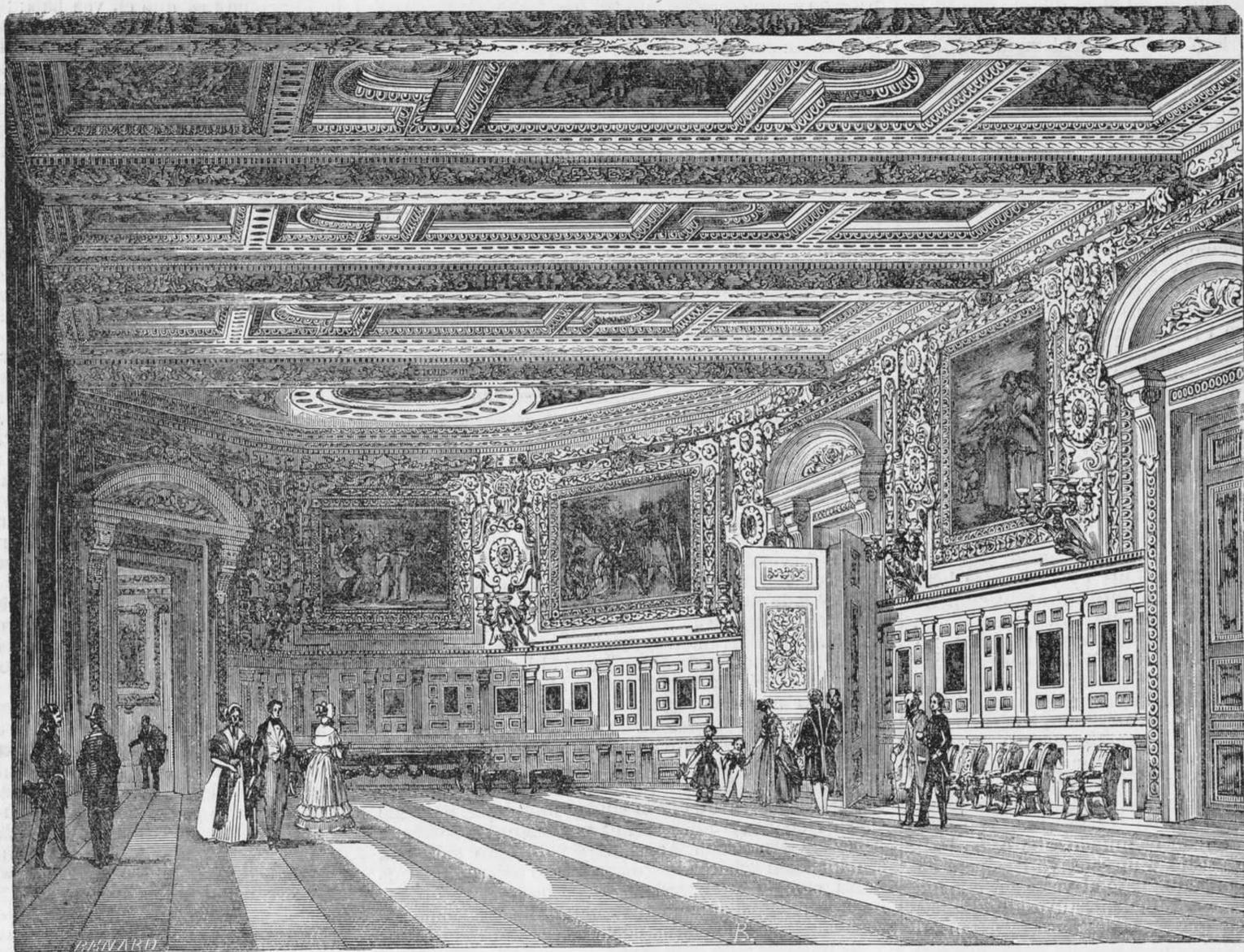
Caballo Blanco y el pabellon de San Luis. El terrado exterior construido por Enrique IV y mandado recom-

poner por Napoleon. El jardin llamado bajo Francisco I jardin del Bosquecillo, y bajo Enrique IV de los Na-

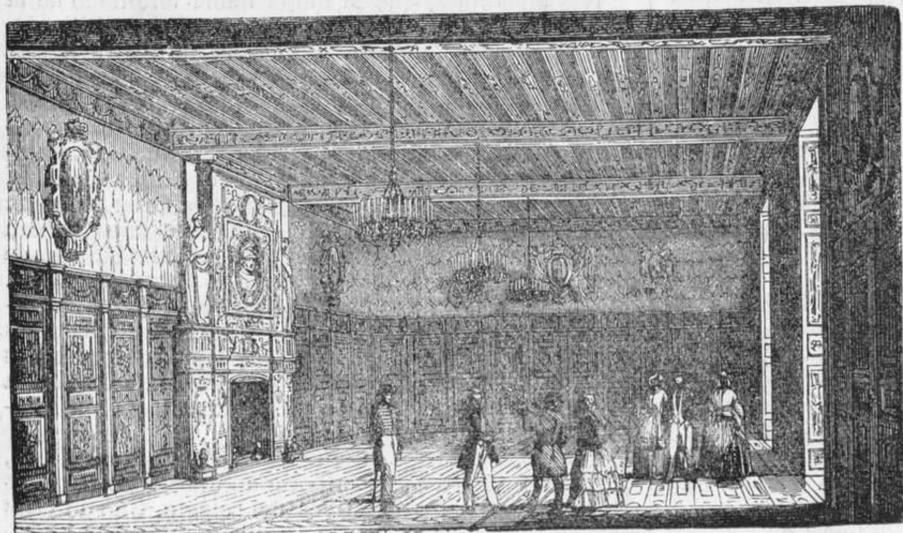
ranjos. En este jardin está la estatua de Diana la Cazadora sobre una fuente construida por Napoleon, y



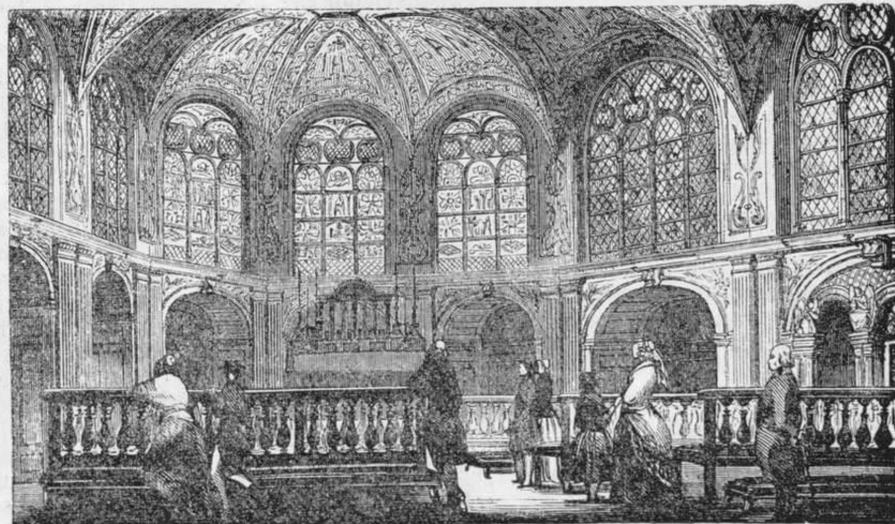
Fontainebleau. — Fachada de la Fuente.



Fontainebleau. — Salon de Luis XIV.



Fontainebleau. — Sala de los Guardias.



Fontainebleau. — Capilla de San Saturno.

que hace brotar el agua por cuatro cabezas de ciervos en bronce.

La galeria de Enrique II, la mas notable de todas despues de su restauracion.

El patio Oval cortado antiguamente por puentes levadizos.

El patio de los Príncipes construido bajo Enrique IV. Allí estaba la antigua galería de los Ciervos alumbrada por ventanas que daban al jardín del Rey y que fué estudiada por Luis XV. El aspecto sombrío y silencioso del patio de los Príncipes añade á la emoción del que le visita, el recuerdo del asesinato del infortunado Monaldeschi. Una cruz y la palabra Dios grabada sobre una piedra recordaban en otro tiempo este suceso, y tanto la palabra como la cruz han sido reemplazadas despues por la siguiente inscripción:

«Cerca de esta ventana fué asesinado Monaldeschi por orden de Cristina de Suecia, el 10 de noviembre de 1657.»

Citarémos en fin el pabellon de Luis XIV, habitación antigua de las reinas, y en la cual vivieron Carlos V en 1539, Carlos IV de España en 1808, y el Papa en 1812.

Las inmensas construcciones de Fontainebleau han sido obra de muchos siglos, perdiéndose su origen en la noche de los tiempos. Ya hemos dicho que empezó á tener importancia en tiempo de San Luis. Allí era donde este monarca se entregaba con mas gusto al ejercicio de la caza, y allí fué donde habiéndose apartado en cierta ocasión de su séquito para perseguir á un ciervo, cayó en poder de una partida de ladrones. San Luis tocó el cuerno que llevaba colgado al cuello, asistieron sus súbditos y le libraron de los ladrones. Allí fué tambien donde este santo rey viéndose cerca de la tumba llamó á su hijo para decirle estas palabras que nos ha conservado Joinville:

«Hijo mio, te suplico que sepas hacerte amar de tu pueblo, porque en honor de la verdad, yo preferiria que viniese un escocés á gobernarle bien, que no que tú le gobiernes mal.»

En 1364 fundó Carlos V en Fontainebleau una biblioteca cuya existencia se liga á la del Louvre que la ha sobrevivido. Esta biblioteca fué considerablemente aumentada por la munificencia de Francisco I, en cuya época adquirió muchos manuscritos griegos. Creció luego á consecuencia de la confiscación de los bienes del condestable de Borbon, y mas todavía por la reunion de la librería de Blois que verificaron los príncipes de la casa de Orleans y que contenia la antigua colección de los duques de Milan.

La corte ha desertado muchas veces de Fontainebleau. Luis XI se refugió en *Plessis-les-Tours*; Carlos VIII hizo revocar el alcázar de Amboise donde habia nacido y donde murió; Luis XII dió la preferencia al de Blois. Francisco I fué el que construyó la mayor parte de los edificios de Fontainebleau.

Despues de Francisco I muchos reyes han considerado á Fontainebleau como su sitio favorito, y lo han llenado de riquezas de un valor inestimable cuya descripción nos seria imposible. Estatuas griegas y romanas, cuadros magníficos de diferentes escuelas, y admirables frescos ejecutados por eminentes artistas, allí se encuentra cuanto puede ambicionar la imaginación del hombre. Sin embargo, Luis XIV, á ejemplo de algunos de sus predecesores abandonó esta deliciosa residencia para fijarla en Versailles, residencia real que aceptaron despues Luis XV y Luis XVI, y que se hizo célebre para siempre con la multitud de acontecimientos que allí tuvieron lugar durante tantos años.

Aunque Luis XIV dió la preferencia á Versailles, no por eso se olvidó completamente de Fontainebleau donde habia conocido á la famosa Cristina de Suecia, reina que abdicó por amor á la filosofía una corona, y que terminó sus galanterías con un asesinato, haciendo matar por celos á Monaldeschi que habia sido su escudero y amante. Luis XV hizo en el alcázar algunas mutilaciones y reparos deplorables. En 1733, bajo la influencia de madama Pompadour hizo construir un mezzquino teatro donde por la primera vez se ejecutó en 1752 *el adivino de la aldea*. Todo el mundo sabe como J. J. Rousseau contó que asistió á un ensayo de ópera en este teatro, y los sudores que pasó al verse entre gente tan extraña á su carácter. Tambien estuvo allí algunas veces Voltaire, filósofo que no se desconcertaba tan fácilmente.

Hay en una de las habitaciones de Fontainebleau un pequeño velador cuyo pié pintado de verde imitando al bronce, está gastado por el roce; sobre este velador firmó su abdicación el hombre mas grande de los tiempos modernos. Todo el mundo experimenta una profunda emoción al entrar en esta sala donde tuvo lugar un acto tan solemne. La restauración, consagrando este recuerdo, encontró medio de mofarse de aquel acto. Una placa de cobre adaptada á la caoba de dicho velador contiene esta inscripción mandada poner por Luis XVIII.

«El 5 de abril de 1814, NAPOLEON BONAPARTE firmó su abdicación sobre esta mesa, EN EL DESPACHO DEL REY.»

Quince dias despues de dicha abdicación, el emperador, partiendo para el destierro, dió el *adios* á sus granaderos formados en el patio del Caballo Blanco, y este *adios* de un grande hombre vino á ser para Fontainebleau la página mas brillante de su historia.

Mis primeras partidas de caza y de pesca.

— ¡He aquí lo que llamo un singular título para una mujer! exclama uno de mis amigos, de ojo maligno, mirando impertinentemente por encima de mi hombro.

— ¡Oh! no hagas caso, Fred; es un inocente capri-

cho, como decia la dama que se casaba con su lacayo.

— Me gusta ver á un cazador. No quiero decir un aficionado bigotudo, de los que hacen una salida al año, con guantes blancos y botines, con la fuerza precisa para sostener la escopeta; uno de esos que toman un pollo por un faisán, y lo apuntan á través del lente, cuando no se necesita mucha imaginación para ver lo alargarse su pata al extremo de su pico, y hacer cierto gesto de desprecio muy conocido de los truhanes; ¡oh! no uno de esos cazadores que disparan siempre al aire, sin haber matado nunca una pieza. Sino un hombre de ancho pecho, miembros robustos, pié ágil, mirada perspicaz, corazón intrépido, predestinado desde su nacimiento á la profesión de Nemrod; un cazador que ha respirado el olor de la pólvora en su cuna, que se ha divertido en hacer disparos de estopa con el trabuco de madera sobre el gato; un cazador ejercitado desde su adolescencia, que se cree con derecho de desplumar los orgullosos gallos de la India que se pavonean en el prado, de disparar contra el águila que se cierne majestuosa en los aires; de poner fin á la carrera de un ciervo que salta alegre por la inmensa llanura, ó habita en las cimas de los Alleghanis.

Permitidme, pues, corteses lectores, que os presente uno de esos cazadores; — Enrique Grove, hijo del coronel de este nombre, un habitante del Oeste. El fué, él es todavía el mejor de los primos. El me enseñó las matemáticas, las travesuras, la filosofía y la declamación, la historia y el arte de saltar por encima de los setos, la lógica y la equitación. Él es la perla de los camaradas; jovial y franco, tiene el corazón ancho como el universo, caliente como una chimenea, bastante bello para no envanecerse, é impedir que las señoritas de corazón inflamable le concedan pronto un amor no solicitado. Sin embargo he observado que su porte bizarro tiene cierto influjo sobre las jóvenes que entran en el mundo despues de una educación puritana.

No es mi ánimo insinuar que mi primo es un hombre desarreglado, terror de las buenas mamás. Me inclino á creer que en la actualidad la bondad de las gentes está en proporción inversa de sus pretensiones, y como Enrique Grove tiene pocas, es bastante justo para servir de héroe en estos tiempos degenerados, en que los manjares de nuestra inteligencia están un poco salpimentados de inmoralidad para estimular nuestro apetito.

Pero Enrique no es mi héroe, yo misma soy la heroína de mi narración. No obstante ocupará su lugar en segunda fila en «esta singular historia tan fecunda en acontecimientos.»

Aunque Enrique es la salud personificada, tiempo atrás sufrió una grave enfermedad. Poco faltó para que lo perdiéramos á la edad de quince años. Pasado el momento crítico de su fiebre, fué destinada en virtud de petición particular á hacerle compañía, y servirle de enfermera supernumeraria. No me separé de su cabecera ni un solo día. Aunque no tenia yo mas que diez años, jamás me cansaba el trabajo que mi corazón se habia impuesto; mi alma estaba inundada de alegría, y daba á Dios fervientes acciones de gracias. ¡Ah! ¡no es una felicidad suprema ver irradiar sobre nosotros toda claridad y todo amor, á aquellos ojos que la muerte estuvo á punto de oscurecer; sonreír á aquellos labios, y encenderse aquellas mejillas, rígidas casi con la tirantez mortal, que no puede ablandar ni el beso de una madre, ver el espíritu de vida volver al cuerpo condenado al parecer momentos ántes al silencio y á la inmovilidad del sepulcro, donde va á reducirse á polvo!

En una hermosa y templada mañana de setiembre, cuando Enrique habia recobrado las fuerzas para dar un paseo en el patio sin necesidad de baston, una partida de cazadores salió de la ciudad inmediata, llevando consigo cuanto era necesario para acampar, comer y beber en despoblado. Armados y equipados para una semana iban á hacer la guerra á todo pájaro libre que habia crecido y engordado lo bastante para ofrecer buen alimento á aquella gente tan bulliciosa como los colegiales que salen de su encierro.

Media docena de estos cazadores vinieron con estrépito á buscar á los hermanos de Enrique que debian ir con ellos. Este noble y digno jóven hizo esfuerzos por aparecer alegre y feliz con su dicha; pero yo ví que sus labios temblaron cuando ofreció á un extraño su perro favorito y su escopeta. Por fin, todos partieron sintiendo sinceramente que el inválido no pudiera acompañarlos. Enrique los siguió con mirada triste, mientras subian á la colina de enfrente de su ventana; y cuando el último de la compañía, su noble animal, despues de una ardiente mirada á retaguardia, se volvió de nuevo y desapareció, el pobre muchacho lanzó un profundo suspiro, se dejó caer en su sillón, y se cubrió el rostro con sus enflaquecidas manos. Por entre sus pálidos dedos ví correr gruesas lágrimas. Era la primera vez que lo veía llorar, y aquellas lágrimas me parecieron brotar de mi propio corazón; así, echándole los brazos al cuello le dirigí palabras de afecto y de consuelo, que á pesar de ser infantiles encontraron el camino de su corazón. Comenzó por reñirse á sí propio, llamándose mujer, niño, chiquillo. En seguida levantó la cabeza, contrajo los labios, y enjugó sus lágrimas.

De repente me ocurrió una idea, como se abre una rosa con el calor del sol.

— Primo mio, exclamé, en el jardín hay muchos pájaros. Vamos á tirarles; yo llevaré la escopeta.

— ¿Cuál, Gracia? ¿No has visto que se las han llevado todas?

Cayóme una piedra en mi ardor helicoso, pero fiaos en una mujer, aun en gérmen, para formar proyectos.

Al punto comencé á explorar toda la casa. Los gabinetes, las salas de la antigua morada fueron escudriñados, hasta que mi constancia se vió coronado con el hallazgo de una escopeta de mi abuelo, que se hallaba confundida en una bohardilla con otros trastos viejos. Su aspecto indicaba que habia servido en las «siete largas y sangrientas guerras,» aunque el cañon y la montura estaban intactos. Era ciertamente una máquina destructora, y la llevé triunfante, no sin estremecerme un poco con el pensamiento del gran número de *Pieles-Nojas* que habia sin duda enviado al celestial país de las cazas.

Enrique se sonrió cuando le presenté las armas con aire burlescamente heróico, y despues de examinar la escopeta, soltó la carcajada. «¡Ah! querida Gracia, me traeis una escopeta sin gatillo.»

Despues de una breve explicación del papel importante del gatillo, que faltaba con tanta inoportunidad, grité súbitamente:

— Ya sé lo que vamos á hacer. Echa la pólvora y carga la escopeta. Yo traeré un ascua con las tenazas y... y espero tener valor para prender fuego á la pólvora, primo.

Creí que Enrique se moria de risa. Tendióse por el suelo sin poder contener su hilaridad, y por último, tranquilo ya, aceptó mi proposición, tan divertida por su singularidad.

Que el lector contemple esta salida: Enrique llevaba la escopeta con nuevo vigor, y yo procuraba conservar el carbon encendido y mi valerosa energía.

Al primer pájaro que vimos sobre el muro, picoteando unos granos de trigo, (nunca olvidaré aquel momento!) Enrique me dijo en voz baja: ¡fuego! Extendí las tenazas, pero una niebla cubrió mi vista, luego un temblor que partió del corazón corrió á lo largo del brazo, y el carbon fué á parar á la mano de Enrique, quien, con una exclamación mas caliente que santa, dejó caer la escopeta, que cayó sobre la brasa tan perfectamente, que la disparó. La detonación ahuyentó al pájaro, pero envió la muerte á un sapo gravemente sentado en una piedra inmediata á nosotros.

Devolviendo este accidente su buen humor á Enrique, y á mi valor, la escopeta fué cargada otra vez, busqué otra brasa, y ni mis ojos ni mis nervios no me volvieron á abandonar. Vióse un relámpago y humo: se oyó una fuerte detonación, ¡y el ave cayó al suelo!

En fin, fatigados de nuestros trabajos, y satisfechos con nuestra gloria, recogimos el botín, y entramos en casa.

¡Cosa singular! á pesar de haber trascurrido muchos años, recuerdo la caza que llevaba en mi delantal. Un pájaro azul, dos verderones, una alondra y un colorin. No cuento el sapo. Todos ellos, excepto el colorin, al que solo le faltaba el cuello, estaban hechos cibera.

Con mucho sentimiento mio no ví mas que criados á quienes mostrar las pruebas de mi valor. Mi prima Alicia estaba en la escuela, mi tia y mi tio en paseo. Esperé impaciente su regreso, y al verlos entrar por la puerta les dije con mis sangrientos trofeos en la mano: — ¡Miren ustedes lo que hemos cazado Enrique y yo durante su ausencia! El coronel me dió una palmadita en la mejilla llamándome «valiente niña,» mientras que mi tia sonrió con tristeza y dijo: de fijo es ese el colorin que cantaba en la ventana á la hora de la oración. ¡Pobre pajarillo, ya no oírémos tus cánticos de alabanza!

Este dulce reproche permaneció clavado en mi corazón como una flecha. Fuíme de allí, arrojé los cadáveres mutilados, y me encerré en mi cuarto con el colorin que conservé. Allí lo estreché contra mi pecho vertiendo sobre él amargas lágrimas. Destrozábame el remordimiento pensando en que Aquel, que ha creado tantos mundos, no se habia desdenado de criar aquella débil criatura, pintar sus plumas con uno de los colores que brillan en el iris, depositando un alma canora en su reducido pecho. Despues, inclinando la cabeza, prometí con fervor no privar á ninguna de esas felices criaturas aladas de la existencia que les ha dado en su infinita sabiduría el Padre de todo lo criado. Gracias á Dios, nunca he faltado á esta promesa. — salvo la guerra hecha á los mosquitos, tábanos, etc., etc.

Tres años hacia que la mujer habia triunfado de la heroína de la primera caza, terminada por el llanto. Me se figura que la gloriosa doncella de Orleans lloraba por los muertos y moribundos, como yo por los pájaros. ¡Doctrina absurda es la que pretende que el alma no tiene sexo! Porque yo misma hubiera sonreído con desprecio si hubiera visto á Enrique Grove lloriqueando por el mas magnífico de los cantores alados, que haya ostentado al sol resplandeciente su plumaje.

Pero volvamos á nuestro cuento. Tres años habian pasado desde mi hazañosa cacería, y me hallaba de nuevo en casa de Grove por algunas alegres semanas. Figuraos, lectores, si gustais, una jóven esbelta de trece años, que acaba de dejar su traje infantil; conservando todavía sus trenzas negras pendientes, con los ojos casi siempre inclinados, y «una tez que llevaba la librea del sol,» y poseeréis el daguerreotipo de mi humilde ser en aquella época.

El estío derramaba sobre nosotros su cálido aliento, y Enrique vino á pasar en casa algunos dias de vacaciones con dos amigos suyos del colegio. Uno de ellos estaba estropeado, y por consiguiente no podia mezclarse en las partidas de caza; tratóse pues de reemplazarlas con las de pesca. Toda mañana deliciosa se veia perder la orilla á su barca, y por la tarde regresaban sucios y hambrientos, con los piés mojados, la cantimplora vacía, y maldiciendo, excepto Enrique, su poca

fortuna. Recuerdo que, por numerosa que fuese la cuadrilla, Enrique se empeñaba siempre en suministrar los utensilios de pescar. Habiéndole censurado el coronel una vez tal extravagancia, recibió esta respuesta maliciosa: « que aquel que es avaro de la verga, echa á perder al niño, » y que es menester en calidad de buen padre, dar *línea* sobre *línea*, así como también precepto sobre precepto. De modo, que el anciano caballero se fué riendo, porque como acontece á la mayor parte de los que han abrazado por afición la carrera militar, era de una bondad proverbial. Estas pesquerías se componían exclusivamente de hombres; pero despues de la partida de los amigos de Enrique propuse á este último una entre él, mi prima Alicia y yo.

— Alicia es hábil, replicó, pero tú, ¿sabes pescar con caña? — No, pero creo que me es posible aprender todo. — Pues bien, modesta prima, ponte el sombrero; vamos á bajar para que cojas algunos pececillos en el estanque del molino viejo.

Este estanque de que hablaba mi primo era un depósito que se habia formado en el riachuelo que atravesaba el pueblo. El molino, movido por sus aguas, habia sido incendiado, y las vigas que guarnecían el pozo caían ó se podrian unas tras otras. Por esta razon observó Enrique, que aunque el paraje no fuese digno de una dama, era muy propio para ejercitar á una niña en la pesca.

Despues de haber pasado media hora iniciándome en los misterios de la pesca de caña, Enrique fué á colocarse á cierta distancia. Cerca de donde yo estaba avanzaba por el estanque una madera delgada, que dejaba solo ver su superficie sobre el agua. Cansada de estar sentada en la orilla sin coger un solo pez, me deslicé hasta la punta de la viga, y eché mi anzuelo al agua. A poco rato vino á dar vueltas un barbo al rededor de mi anzuelo, haciéndome sufrir el suplicio de Tántalo. El corazon queria salirse del pecho. Si pudiera agarrar ese pez, tendria bastante gloria para un dia. Respondedme, lectores, ¿no es un barbo un elegante petimetre, currutaco ó lechuguino, como se decia bajo el antiguo régimen... de la moda, un leon, un tigre, un *dandy* como se dice en el actual, y no se da cierto tono entre las tencas y las truchas, como un pavon entre las gallinas?

Los *modales* de este pez eran provocadores. En vano renové el cebo apetitoso de mi anzuelo, enviándolo casi á su boca. Como un galanteador que teme un lazo, no quería morderlo; indudablemente habia comido, y temía una emboscada.

En fin, como si le acometiera de repente un hambre devoradora, tragó el cebo y el anzuelo, y... y... pero yo no hallo palabras bastante elocuentes para expresar mis sentimientos.

Vosotras podeis hablar, hermanas mias de literatura, de la alegría deliciosa de la felicidad, embriagadora que inunda el corazon de una jóven cuando siente el fuego del primer beso de amor que abraza sus trémulos labios; ¿pero quién dirá el transporte, el gozo, el calor que corrió por mis venas, que estremeció todos mis nervios, cuando mi primer pez dobló hácia el agua el extremo de mi débil caña?

Mas, ¿ó inestabilidad de la felicidad humana! Aquel barbo tenia mucha fuerza. Yo guardaba con dificultad el equilibrio sobre la madera redonda de tres pulgadas todo lo mas de ancha. Entónces conocí que debía soltar la caña y perder al pez, ó bien dar una zambullida perdiendo el equilibrio. Como una niña intrépida, me decidí á remojarme. Bajé á seis piés de agua, teniendo con firmeza la caña que arrojé con el pez á la orilla, cuando aparecí en la superficie, despues, sin dar mas que un solo grito, volví al fondo con lentitud.

Enrique llegó en este momento, al ruido de mi caída sumergióse, me cogió y me llevó á tierra. Apénas devolví el agua que habia tragado, y me restregué los ojos, enseñé á mi primo con orgullo mi *luciente* cautivo. ¡Ay qué espectáculo se ofreció á mi vista! el pez habia lanzado el anzuelo, y volvía dando saltos al líquido elemento. ¡Sí, yo lo perdía, lo perdía para siempre! Y por un instante, « un nada me fué todo, y todo no me fué nada. »

Inútil es contar nuestro regreso á casa, la alarma y la alegría que causó nuestro aspecto, como fué llevada á la cama, y casi ahogada bajo el peso de los cobertores, ni como habiéndome recetado una mixtura nauseabunda, Enrique la tragó por mí en prueba de amistad, como en fin, lo que debía hacerme bien á mí, lo puso malo á él.

Solo añadiré, que, aunque despues he pescado con buen éxito, aunque he echado anzuelos mas afortunados en hermosos rios y lagos, y aunque he lanzado mi caña en las aguas de la literatura, nunca he sentido el placer puro, la deliciosa ventura, el ardiente entusiasmo que me hizo arrostrar la muerte por un *luciente barbo*.

El cómico de afición.

Los tipos se van sucediendo y los antiguos se hacen modernos; ni mas ni menos que van dejando espacio en esta pobre peregrinacion de la vida, los abuelos á los nietos y los padres á los hijos. Los tipos envejecen y mueren como nosotros envejecemos y morimos, y no carecen tampoco de pulmonías fulminantes, de crónicas tisis y de gripes estacionales que los hacen sucumbir en sus verdes abriles, languidecer y morir á la mitad de su carrera y resfriarse por cierto espacio de tiempo, volviendo despues á seguir una existencia mas

ó ménos poblada de achaques y contratiempos. No la echarémos de doctores, ni darémos un pronóstico seguro de la grave afeccion que hoy padece el tipo que encabeza nuestro artículo; pero si dirémos con una prudente reserva que los síntomas presentan mucha gravedad y que son alarmantes en alto grado; y por si un éxito fatal pusiese término á su amenazada existencia, hásenos ocurrido decir cuatro palabras sobre la benemérita clase de aficionados caseros, que unidas á otras cuatro mejor endilgada por una pluma de mas finos perfiles que la nuestra, harán que la posteridad no se quiebre los cascos en busca de apuntes biográficos.

Las costumbres que tanto influyen sobre nuestro organismo, influyen de una manera análoga sobre los tipos, y estas sen á nuestro entender, las causas predisponentes y ocasionales de la desaparicion de tanto que, como el de la manola, el del vendedor de romances y muchos otros que pasamos en silencio han emigrado de nuestro suelo. Los tipos legan sus herencias lo mismo que los hombres, y sin entrar en averiguaciones sobre los sucesores de los demás, nos ceñiremos por hoy al cómico de afición que, á nuestro juicio, ha hecho donación *inter vivos* de sus cuantiosos bienes repartiéndolos entre todas las clases de la sociedad.

Es muy general la creencia de que los franceses son los mejores cómicos del mundo, ó á lo ménos que Francia encierra mas cómicos que el resto del universo. Esto es casi una verdad; y decimos casi porque los cómicos de gran escuela se hallan bajo las nieblas de la Gran Bretaña. Francia tuvo su época de teatros caseros, y los cómicos de afición causados de aquel improductivo oficio, buscaron muchos tablados en las cámaras y en las calles de Paris donde se disponían las comedias, dramas y sainetes de grande espectáculo. El tipo del cómico casero francés murió legando sus dominios á otro tipo, ó por mejor decir, transmigró su alma á los cuerpos de los grandes representantes de la nacion, célebres artistas, que bajo diversos disfraces ejecutaban ó parodiaban la libertad, el despotismo, el comunismo ó cualquiera de esos grandes papeles cuyo difícil desempeño y cuyo buen ó mal éxito han tenido fijos los ojos del público europeo.

Pero sin meternos en mas honduras, hablemos de nuestro tipo español de raza pura y no vayamos á desentrañar misterios de bastidores en los teatros extranjeros cuando tenemos entre el estrecho de Gibraltar y los Pirineos tantos telones que descorrer.

El cómico casero, por los años de gracia de 1833 y 1834 (época á que alcanza nuestra vista con alguna claridad) era en Madrid un meritorio de alguna dependencia del Estado, un escribano en ciernes, un peluquero aristocratizado ó uno de esos contadores de piedras (tipo perpetuo que á excepcion de los demás sufre alguna que otra calamidad con la legislación sobre vagancia, pero que nunca desaparece). Posteriormente se hizo extensiva la afición á los dependientes del comercio que luchaban por quitarse de encima el apodo de horteras y que ensayaban el *No mas mostrador* á las mil maravillas.

El cómico de afición, en la época á que nos referimos, era un modelo de abnegacion, de ingenio, de laboriosidad. Proteo en las tablas, era un cien piés fuera de ellas, y hasta tanto que habia adquirido el sombrero á la Chamberga, los calzones de pié, ó la acuchillada ropilla, mientras que su laboriosidad y su ingenio no habia logrado confeccionar la corona imperial ó la cota de malla, no cesaba de recorrer el Rastro y las prenderías, de poner su contribucion á sus numerosos amigos y sus parciales *claquers*, pues la *claque* es mas antigua en España de lo que creen muchos de nuestros lectores, sino que como no tenia un nombre ni unos estatutos, pasaba, no inadvertida, pero sí indenominada, oscura.

El oficio se hizo mas fácil desde que los cómicos se transformaron en artistas, y con los progresos de los nombres le facilitaron los recursos del arte; abriéronse almacenes de trajes y ya el proporcionarse una corona imperial fué solo cuestion de dinero, y el hallar una peluca de Rousseau no costaba el ir á Monmorency, sino que se hallaba en casa de Pelaez tan auténtica como las veinte ó treinta mil que debió usar el autor del Pacto social.

Pero sigamos al cómico casero desde el momento en que en su casa y fuera de ella empeña con todo sér viviente ó inanimado que presenta una traba á su idea constante, á su gloriosa pesadilla, y avancemos el dia de la primera representacion; sorprendámosle en el vestuario conversando con su *claque* que le ayuda á vestir, que le pinta, que le manosea y que le asegura un triunfo en cada escena.

Juan, que Juan se llama el moderno Edipo, se halla sentado sobre un catre de la reducida alcoba que le sirve de vestuario, rodeado de cinco ó seis histriones en barbecho, que no están en turno, y del traspunte que es muchacho de felices disposiciones. En el momento en que le vamos á sorprender, el traspunte, que no esta muy fuerte en leer de corrido, le encarga que le traduzca dos ó tres acotaciones, y Juan que sabe el *Edipo* de pe á pa, despues de explicarle las entradas y salidas, le interpela de este modo:

— ¿Están corrientes los trastos?

— Aun faltan dos puñales y no ha llegado el pueblo; además doña Luisa no quiere dejar salir á las tablas á sus dos niñas porque dice se van á cortar.

— ¡Si no se puede cortar con nadie! ¡En no haciéndolo uno todo!... ¡Estoy desesperado!... ¡Las nueve!... (no saca el reloj porque no lo tiene, pero oye el de la parroquia) ¡y la gente esperando desde las siete y media!... Mira, no me des mas que las entradas (las en-

tradas en lenguaje teatral no tienen nada de culinario) ¿y el eco?

— Ya sabe Vd. que el padre de la señorita Jocasta no quiere que entre aquí su amigo de Vd. y no habrá mas remedio que pasarse sin eco á ménos que prefiera Vd. que yo lo haga.

Debemos advertir que con el fin de dar mas solemnidad á la ejecucion, habia convenido Edipo en que los ecos del Panteon, aquel « fuera » del verso.

« Confuso el eco; fuera! retumbaba.

Y en el acto quinto los de ¡asesino!...

« ¡Asesino! ¡asesino!... ¿lo has oido? » fueron reproducidos por un amigo suyo de cavernosa voz, que habia *barbas* y *traidores*. Parece ser que la niña Jocasta, no contenta con el amante griego tenia relaciones amorosas con el tal, y el padre que no gustaba de aquellos trapicheos habia declarado retundamente que su hija no representaria como el traidor pusiese los piés entre bastidores. Preciso le fué pues á Edipo aceptar la oferta del traspunte. Este empezó acto continuo á ensayar su *fuera* con tan vigoroso pulmon, que los *habloes* del escenario oyendo esta voz de aviso, y encargado de un primer papel cesa de pensar en lo que le rodea para ocupar su imaginacion exclusivamente con las tres horas que ha de valerle un triunfo en tres actos.

Apénas el presunto Maiquez ha adquirido la codiciada propiedad de una de esas obras maestras del arte, de un Edipo ó de un Otelo, cambia de modales, de lenguaje, de fisonomía; anda con cierta gravedad épica, endecasílabo, se sienta á la usanza mora, fuma en pipa, se invierte los párpados para producir un efecto horripilante al pronunciar aquellas terribles palabras: « *huid tébanos!!!* » ensaya con una sábana ó una colcha la manera mas garbosa de llevar un manto, y llega su entusiasmo hasta el punto de tiznarse el rostro con corcho quemado para juzgar del golpe de vista que ha de producir la negra epidermis bajo el exlumino turbante cuya confeccion tiene ya trazada en su fértil magin.

Despues de comprar un ejemplar de la comedia en casa de Tieso ó en las gradas ya tradicionales de San Felipe, vuelve á su casa donde en desaforados gritos recita su papel, admirando él mismo sus grandes facultades artísticas y escuchando con placer los ecos de las inflexibles inflexiones de su laringe. Su hermana, que es dama jóven, se ocupa entre tanto en la confeccion del traje y convierte á grandes rasgos una antigua colgadura que arranca del cofre de la abuela despues de un reñido combate, en un manto que no hay mas que pedir.

El futuro Edipo no suelta ya su ejemplar de la mano: en la oficina, en la escribanía, en paseo, en la cama, jamás se separa de su idolo; sueña con él, come con él, goza y sufre con él, hasta tanto que llega el dia de un primer ensayo, pues el paso de papeles era una formalidad inútil en aquellos tiempos.

Allí es donde hay que ver al cómico de afición hecho un energúmeno, porque nadie sino el hijo parricida y la incestuosa madre saben de memoria su papel; allí es donde su genio artístico se desenvuelve en todo su poder dando un consejo al sumo sacerdote, proporcionando unas sandalias á un tébano desmañado, improvisando una plaza con dos bastidores de selva y dos de embocadura, y un templo de Júpiter con un forillo de salon regio, dando un mandoble al impreso, porque Jocasta no puede hablar mucho tiempo de seguido, y en fin poniendo en prensa todos sus recursos físicos y morales.

Pero apartemos la vista de la trabajosa lucha que dia y noche, creyendo iba á empezar la funcion, se retiraron en tumulto dejando el campo libre al sumo sacerdote y al coro mientras el encargado del telon discurre de cuatro brazadas la pintorroteada cortina.

Al escuchar Edipo las desentonadas voces del coro, que sonaron á sus oídos tan agradablemente como el trueno de la tempestad á los oídos del desgraciado naufrago, comprendió el misterio de aquel exabrupto, y re-negando del pueblo que no parecia, colocando la diadema real de talco sobre su cabeza, y arreglando los pliegues del manto fué á colocarse entre bastidores.

El coro lo componian cuatro niñas vestidas de angelitos, y cuando el sumo sacerdote empezó su relacion:

« ¡Respirad, oh tébanos!... ya los dioses
» Vuestros humildes votos acogieron.
» Y el término se acerca á tantos males
» Anuncio de la cólera del cielo
» Padres, hijos, esposos, ciudadanos,
» Tranquilos respirad... etc., etc.

El público que no veia mas padres, mas hijos, mas esposos ni mas ciudadanos que aquellas cuatro criaturas, empezó á murmurar; pero el dueño del teatro levantándose de su asiento interrumpió la relacion del sacerdote é hizo callar los murmullos con estas palabras:

— Señores, el pueblo no há parecido, pero no importa, porque el pueblo hace muy poco papel, y solo tiene que decir: « ¡qué confuso rumor! »

Y el público se apacigua y el Edipo sale tuerto en la última escena porque un párpado rebelde se niega á invertirse, y grita: « ¡huid tébanos!... » cuando no hay semejantes tébanos, y cae el telon entre... los espectadores y los asesinos de Sófocles, de Corneille, de La Harpe y de Martinez de la Rosa.

Y aquí lectores, corremos tambien nosotros la cortina no por falta de tela, pues aun quedan muchos pliegues que desdoblarse, sino porque hemos pensado escribir un artículo y no un infolio. Andando el tiempo puede que le llegue su turno á las aficionadas á comiquear, y mientras nos ocurren cuatro plumadas y cuatro trapos que sacar á relucir al bello sexo histriónico, queda vuestro su afectísimo servidor.

JOSÉ BRAVO.

El monumento de la reina Luisa de Orleans en Ostende.

Si alguna reina fué llorada en el mundo, ninguna mas que la de los belgas, Luisa de Orleans, que nació en Palermo el 3 de abril de 1812, y murió en Ostende el 11 de octubre de 1850.

Por un sentimiento universal de reconocimiento, ricos, pobres y hasta los mas necesitados contribuyeron á la erección de la iglesia que se construyó en Bruselas en memoria de la reina. La ciudad de Ostende donde murió se creyó obligada tambien á pagarla un tributo, y resolvió erigirla en su iglesia principal un monumento fúnebre, digno recuerdo de Luisa de Orleans. Mas tarde, la municipalidad decidió que se construyese una nueva iglesia, y que la capilla principal donde debia elevarse el monumento se consagrara á la memoria de dicha reina.

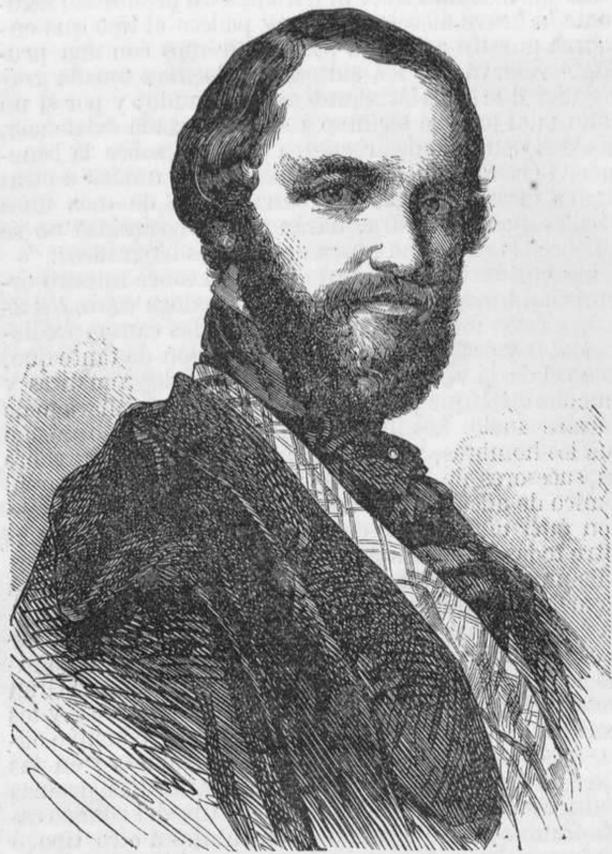
La creación de un mausóleo, verdaderamente monumental y digno por la invención y la ejecución de la señora á que se dedicaba, no era una cosa fácil. Tambien entre los escultores belgas era difícil la elección; pero una buena estrella guió al ayuntamiento, puesto que confió la ejecución del monumento á C. A. Fraikin. La Bélgica posee un gran número de escultores distinguidos, tales como Simonis, Joseph Geefs, Jacquarts, Geerts, etc. Sin embargo, hay pocos cuyas obras recuerden por la gracia y perfección de las formas las del escultor Fraikin.

Fraikin merece un lugar distinguido entre los artistas contemporáneos europeos.

C. A. Fraikin nació en Herenthals, donde su padre ejercía la profesión de escribano, y desde muy joven manifestó su pasión por el arte. El dibujo era su ocupación favorita y habitual. Su padre, como hombre razonable, no quiso oponerse á un gusto manifestado de una manera tan decidida, y luego que su hijo recibió los primeros elementos de la educación lo envió á Bruselas para que se matriculase en la Academia de dibujo y siguiese la carrera de la pintura. El joven Fraikin que tenia entonces trece años, creyó realizadas sus ilusiones; pero pronto fué turbado su sueño de artista. Su padre murió á poco tiempo, y sus tutores, hombres prácticos, no quisieron oír hablar de inclinaciones naturales, ni de un brillante porvenir, ni de la vocación del artista, y decidieron que el joven siguiese una carrera capaz de asegurarle el *porvenir* dándole una posición *honrosa* en la sociedad.

Fraikin continuó, pues, su educación en un Ateneo, para en seguida estudiar la medicina. Tal fué la decisión del consejo de familia, y al que el muchacho tuvo que conformarse. El tiempo corrió, pero al lado de Homero y de Virgilio y de los compendios de historia, tenia siempre el lápiz que manejaba con cierto primor. Todos los momentos que mas tarde pudo robar á la ciencia de Esculapio, los dedicó al arte, haciendo magníficas copias de grabados y los retratos de muchos de sus camaradas. En fin, los exámenes pasaron felizmente, y el joven médico se estableció en un pueblo próximo á Bruselas, ejerciendo allí su profesión en beneficio de la humanidad. Como puede imaginarse, la práctica de la medicina no era lo que ocupaba todos sus instantes: sus ratos de descanso los consagraba según su costumbre al dibujo. El joven doctor tuvo un día la ocurrencia de hacer su propio busto de tamaño natural, y habiendo buscado el barro á propósito para su objeto, venció todas las dificultades, aun sin conocer el procedimiento mas común: la perseverancia del escultor inspirado por la naturaleza triunfó; el busto fué concluido y su semejanza perfecta.

Este fué un día de fiesta para el amor propio de Fraikin. Envio su busto á su hermano que vivia en Bruselas, y este se apresuró á enseñárselo á los inteligentes, que se sorprendieron de verlo tan correcto y parecido. Ninguno queria creer que el busto fuese obra de un aficionado que ja-



C. A. Fraikin, escultor belga.

mas habia recibido lecciones de escultura. Decian que se necesitaban lo menos cinco años de estudios preparatorios para ejecutar un busto del mérito de aquel que el médico habia hecho á golpes de escalpelo, de lima y de cuchillo.

Apénas Fraikin tuvo noticia del éxito, de que él mismo se quedó sorprendido, apénas supo los elogios que se daban á su primera obra; tomó su resolución sintiéndose realmente llamado á la profesión de artista; obedeció á su vocación.

Esto sucedia en 1842. El joven artista puso en seguida manos á la obra, é hizo *Vénus* y la *Paloma*. Esta graciosa estatua llamó la atención general de tal modo que Fraikin fijó desde luego su residencia en Bruselas. Esta primera obra de importancia que ha sido reproducida en distintos tamaños y que es conocida en toda Europa, decidió á su vocación, porque en ello se reconoció al artista de talento íntimamente iniciado en los misterios de la belleza antigua.

Fraikin obtuvo en seguida trabajo; hiciéronsele encargos importantes de parte del gobierno y de la ciudad de Bruselas, y entre otras obras hizo once lindísimas estatuas para adornar la casa de ayuntamiento de la capital.

A pesar de la habilidad de sus competidores, Fraikin salió victorioso de un concurso instituido por el gobierno. Su estatua tan conocida y admirada de el *Amor cautivo* que ejecutó en mármol para el Museo, obtuvo el primer premio. Esta obra pertenece por la finura de las líneas y la gracia del movimiento á lo que el arte ha producido de mas bello en su género durante los últimos diez años.

El artista pudo entonces satisfacer el deseo que alimentaba desde mucho tiempo, el de visitar la Italia. Hizo su viaje en 1846, y pasó todo un año en estudiar y trabajar con su habitual perseverancia. Volvió á Bruselas, mas rico de ideas, viendo mas claro en su propia voluntad, y mas hábil si era posible en la parte mecánica del arte. A su llegada fué nombrado miembro de la Academia real de Bellas Artes, y en 1848 cuando acabó su *Psyche implorando el amparo del Amor*, fué nombrado caballero de la orden de Leopoldo.

Tambien el talento de Fraikin halló la recompensa que merecia entre los extranjeros. La envidia mezquina de algunos rivales sucumbió ante la elevación del artista, y cuando la Bélgica perdió á su amada reina, él fué el encargado por la municipalidad de Ostende de la ejecución del monumento erigido á la memoria de la ilustre difunta.

La reina, tan parecida como es posible en la trasfiguración de la muerte, se incorpora con esfuerzo sobre su lecho de dolor para recibir la corona celeste que un querubín la trae, teniendo en la mano izquierda un ramo de laurel, y protegiendo á la difunta con sus grandes alas desplegadas. La corona terrestre está separada de la princesa, cuya mirada y mano derecha aspiran á la impercedera corona que trae el celeste mensajero, en tanto que su mano izquierda despliega el manto real, de donde cae una lluvia de flores y de frutos, simbolo de los beneficios que ha desparramado tan abundantemente en su vida.

A los piés de la reina está una mujer sentada, con las manos unidas como para rogar, y la mirada suplicante. Esto es una personificación alegórica de la ciudad de Ostende sentada sobre la popa de una antigua galera que tiene las armas de la villa. Su cabeza está adornada de un casco imitando el tocado nacional de las mujeres de Ostende y coronada con elegancia. Su manto que se desarrolla en austeros pliegues, oculta en parte la coraza de que está vestida.

Este grupo respira la mas sublime armonía del arte. El conjunto expresa la mas sencilla, pero tambien la mas sublime majestad. Cada figura tomada aisladamente se destaca por la belleza de las líneas y la gracia de los movimientos.

La ejecución es perfecta hasta en sus minuciosos detalles: es una verdadera obra del arte en la cual cada figura dice lo que quiere expresar. Este magnífico monumento, en fin, no cautiva menos por el objeto que tan noblemente ha sabido llenar el artista, que por la perfección plástica de la belleza de sus formas y de sus líneas. Puede decirse que es una obra digna del siglo XIX, digna de la persona á que se ha consagrado, y no menos digna de la reputación ya tan sólidamente establecida de Fraikin.

A. B.



Monumento erigido á la memoria de la reina de los Belgas en la ciudad de Osterde.

Trabajos del puerto de San Nazario (Loire Inferior).



El Croisic.

El movimiento general del comercio de Francia con sus colonias y con las potencias extranjeras durante el período decenal de 1837 á 1846, da para el puerto de Nantes un aumento de 23 por ciento en el tonelaje de mercancías recibidas en dicho puerto. Si se considera que en el mismo intervalo el aumento de tonelaje ha sido para cada uno de los puertos del Havre y de Marsella de 70 por ciento, y para Rouen de 225 por ciento, se verá que la plaza de Nantes no tiene mas que una pequeña parte en el movimiento expansivo del comercio francés. En la sesión general del Loire Inferior en 1850, M. Gauja, prefecto á la sazón de Nantes, expuso en estos términos la inferioridad de esta ciudad :

« El puerto de Nantes se halla en el centro de una ciudad de cien mil almas, donde poco á poco se han instalado en gran escala todos los establecimientos necesarios á las construcciones navales, donde el gusto por los depósitos marítimos ha existido siempre, donde los negociantes tienen una reputación de lealtad que ha llegado á ser proverbial en el mundo. Tiene para vía de transporte en el interior un gran río que corta en cierto modo la Francia en su latitud, río cuyas orillas y las de los otros que en él confluyen en nada ceden á ningún otro punto del territorio nacional, por la fecundidad del suelo ni por la inteligencia de la población que las rodea. Ocupa por el lado del Océano una plaza que parece idéntica á la que la providencia ha dado á Marsella sobre el Mediterráneo, y sin embargo su prosperidad declina puesto que no aumenta. »

Después, sondeando las razones de esta decadencia, el honorable M. Gauja las redujo á los puntos siguientes :

A la distancia comparativa de la capital respecto de Nantes, lo que da sobre dicho puerto una gran ventaja

al Havre; á la falta de una balsa donde puedan guarecerse los buques mayores; en fin á la débil corriente del agua que presenta el Loire desde su embocadura hasta Nantes.

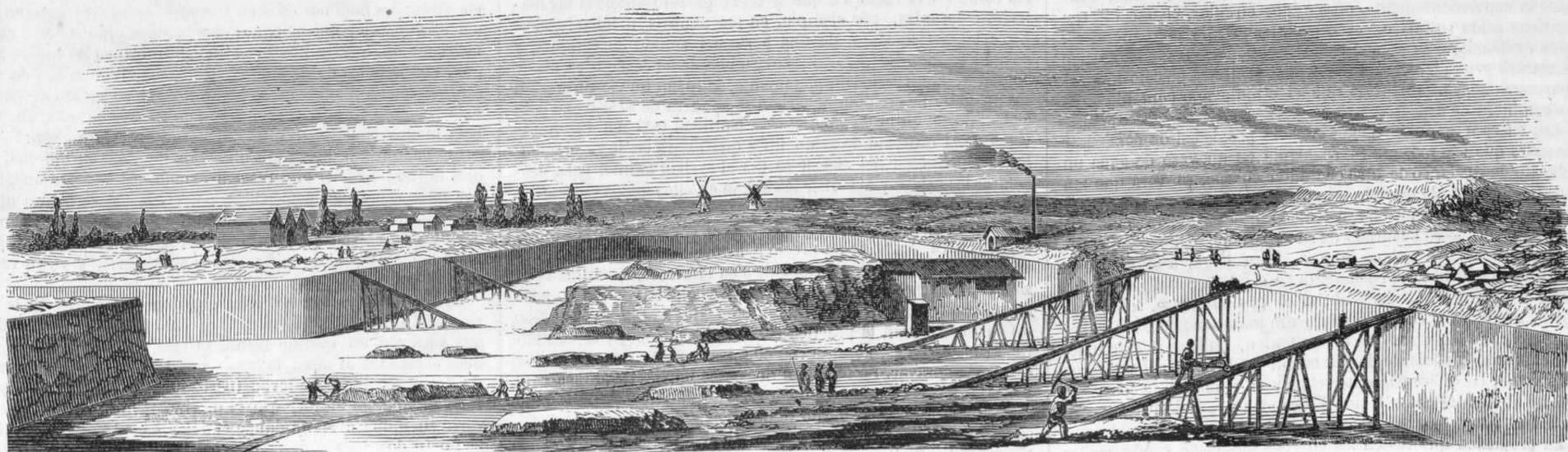
Tales son, en efecto, las causas más activas de la inferioridad comercial de esta plaza, pero sobre todo y ante todo, las condiciones bajo las cuales se efectúa la navegación del bajo Loire. En el estado de este río solamente los buques de escaso número de toneladas pueden abordar á Nantes; los mayores se ven obligados á trasladar sus mercancías á Paimbœuf, y sabida es la utilidad que los buques mayores reportan por la economía de los trasportes al comercio marítimo. Las causas que paralizan este comercio impidiendo tomar cierto desarrollo con relación á la situación excelente que la naturaleza ha dado á la ciudad de Nantes son puramente locales y se circunscriben á los 53 kilómetros que separan á este puerto del de San Nazario.

Las arenas del Loire hacen difícil la navegación, pues á pesar de los trabajos que se han hecho en los últimos tiempos, solo se ha obtenido una profundidad de tres metros y medio cuando más.

En la imposibilidad de luchar contra un obstáculo permanente, era preciso tomar una medida eficaz so pena de comprometer el porvenir de una ciudad importante, y con este objeto se votó la ley de 19 de julio de 1845, autorizando la construcción de una balsa en San Nazario. Creyóse al principio que este proyecto aumentaría la decadencia marítima de Nantes, y tal vez con el tiempo vendrá á cumplirse el pronóstico; pero es menester decir cuales son las ventajas que Nantes debe sacar del puerto de San Nazario. A falta del comercio marítimo que está próximo á su desaparición, la ciudad de Nantes está ciertamente llamada por su población



Rocas de la costa del Croisic.



Trabajos del puerto de San Nazario.

numerosa é inteligente á ver florecer todos los géneros de industria. La actividad que hoy la guía hacia las transacciones comerciales la dirigirá ma tarde hacia las artes manufactureras, llegando á ser con los ricos capitales que encierra un vasto foco de producción.

El puerto de San Nazario es el que está llamado á hacer un importante papel, atrayendo el comercio de cabotaje de las colonias y sirviendo de refugio tambien á los buques de guerra por la distancia que le separa del puerto de Brest.

Los trabajos de San Nazario comenzados en 1848 están para terminarse, y podemos decir sin entrar en pormenores que no ofrecen el mayor interés en su descripción, que se han realizado con inteligencia y hasta con lujo haciendo de dicho puerto uno de los mas importantes que hay en Francia bajo todos conceptos. Es de esperar que tambien en la estacion de los baños atraerá dicho puerto á la gente elegante.

Hoy la villa se ha transformado: las casas se reedifican y blanquean, dando á la poblacion un aspecto pintoresco. El Croisic ha llegado á ser una ciudad que cuenta 5,000 almas, entregadas por lo comun á la industria de la pesca y de las salinas.

No es dudoso que cuando San Nazario haya instalado su puerto y uniéndose por una via de ferro-carril á Nantes al Pouliguen y al Croisic, estas poblaciones tomarán mayor incremento. Ya hemos dicho porque compensaciones ha de reparar Nantes sus pérdidas si su comercio marítimo declina, y estas razones recomiendan poderosamente al nuevo puerto de San Nazario.

M

Boletín científico.

Cuerpos porosos. — Absorben los sólidos en suspension ó disueltos. — Condensan los gases. — Carbon. — Ensayo del carbon animal. — Procedimientos de Payen y de Corenwinder.

Si sobre un papel que se rezuma se deja caer una gota de tinta, se verá que la mancha no es uniforme; hay en ella dos círculos, el uno interno, mas negro, el otro externo, forma una auréola desvanecida. Si la gota de tinta se hubiese difundido uniformemente, la mancha hubiera sido de igual color. Si se hace caer una gota de azotado de plomo, de plata ó de cobre sobre un pedazo del papel blanco, que sirve para filtros en los laboratorios de química, se verá que tambien hay dos círculos, y para poderlos distinguir se pondrá el papel sobre un frasco que contenga una disolucion de ácido sulfúrico; entonces el círculo interno se ennegrecerá y el externo conservará su mismo tinte. Por estos experimentos se ve, que el papel tiene la propiedad de separar los cuerpos sólidos que se encuentran en suspension ó disueltos en el agua y de acumularlos en un punto. Esta propiedad puede demostrarse mas exactamente del modo siguiente: Se toma una disolucion de cualquier sal metálica, se determina la cantidad de sal que contiene, y se calcula la proporción de ella contenida en un centímetro cúbico. Se filtra la disolucion, y buscando de nuevo su composición, se encontrará que cada centímetro contiene menos sal que antes de haber operado la filtración, por consiguiente en el filtro ha quedado la diferencia, en otros términos, la disolucion se vuelve mas diluida, pierde su concentración.

Después de haber recibido un golpe, sobreviene una mancha amoratada. La presencia ó aparición del *cardenal* puede explicarse por la propiedad que tienen los cuerpos porosos de operar la separación de los sólidos en suspension ó disueltos en un líquido. Si se observa con cuidado el *cardenal*, se verá que el punto que recibió la contusión está negro, y que las partes circunvecinas tienen un color amarillento. « Si se recuerdan » los fenómenos de imbibición que se acaban de observar sobre el papel, se explicará naturalmente lo que se ha pasado » en esta circunstancia. En efecto, la parte negra de la sangre » permanece en el lugar en que fué derramada, y el suero, » que contiene la materia amarilla, se infiltra en los tejidos. » (MAGENDIE, *Phénomènes physiques de la vie*, t. I, pág. 20.)

Cuando dos líquidos de densidad diferente se encuentran mezclados, el papel los separa. Una gota de ácido sulfúrico diluido en agua, derramada sobre un papel que se rezuma, examinada convenientemente ofrece dos círculos, el uno interno contiene ácido sulfúrico, el otro externo solo contiene agua. Para evidenciarlo se pone á calentar el papel, el ácido sulfúrico lo atacará y ennegrecerá, por consiguiente el círculo interno aparecerá negro, mientras que el círculo que contenía agua no cambiará de aspecto.

Los cuerpos porosos tienen aun la propiedad de condensar los gases que los rodean. Si se arroja en un vaso de agua un pedacito de madera ó de otro cualquier cuerpo, se verá que tan luego como el agua le moje, el aire condensado en su superficie se desprenderá. Magnús ha calculado que el vidrio condensa por cada milímetro cuadrado de su superficie, ocho diez, milésimos de milímetro cúbico de gas. Para llegar á obtener este resultado, determinó el coeficiente de dilatación del gas en dos vasos de diferente capacidad; si el gas sulfuroso, sobre que operó, no hubiese experimentado ninguna condensación sobre las paredes de los vasos que le contenían, hubiese debido obtener el mismo coeficiente de dilatación en los dos casos, lo que no sucedió; la diferencia entre ellos y el volumen de los vasos son los elementos del cálculo. La condensación de los gases es nula á una temperatura elevada.

La propiedad que tienen los cuerpos sólidos de condensar los gases es tan conocida en las artes, que en las fábricas de espe-

jos cuidan de calentar bien las mesas de hierro, en que se verifica la colada. Si no las calentasen previamente, el aire condensado en su superficie al desprenderse llenaría de defectos los espejos. Hay otras razones además para explicar esta necesidad. En fin, en la vida doméstica tenemos ocasion de ver diariamente efectos de la condensación de los gases; después de haber dejado concluir la primera eferescencia del vino de Champagne, la veremos principiar de nuevo, arrojando en la copa una uva ó un pedacito de pan, el aire condensado en estos cuerpos al desprenderse arrastra tras sí el ácido carbónico, y este nuevo desprendimiento ocasiona la eferescencia.

La condensación de los gases es proporcional á la división de los cuerpos, es decir, á la superficie que presentan. Algunas veces la condensación es tan enérgica, que el calor desarrollado por la disminución de volumen del gas es tal, que basta para enrojecer el cuerpo condensador, y para verificar la combinación del gas con él. Cuando se descompone el óxido de hierro por el hidrógeno, se obtiene hierro muy dividido, bajo la forma y aspecto de un polvo negruzco, que tan luego como se encuentra en contacto con el aire arde y produce de nuevo óxido de hierro. Esta propiedad que le ha hecho dar el nombre de hierro pyrofórico, es debida á la condensación del oxígeno del aire sobre él, condensación que es suficiente para enrojecerle y determinar la combinación de los dos cuerpos. Los pyróforos de Gay-Lussac y de Homberg deben sus propiedades pyrofóricas á la misma causa. La economía doméstica debe á esta propiedad un pequeño aparato, tan útil como elegante, para reemplazar los lósforos. Todo el mundo conoce la lámpara de Gay-Lussac, que se compone de una esponja de platino, sobre quien se hace llegar una corriente de hidrógeno. El hidrógeno condensándose sobre el platino desarrolla suficiente calor para inflamarse. Otros explican la inflamación del hidrógeno suponiendo que la elevación de temperatura que la determina es debida á la combinación del hidrógeno con el oxígeno condensado en la esponja de platino. Es muy probable que ambas cosas se verifiquen á la vez. Este experimento prueba evidentemente que la condensación es brusca y repentina; si fuese lenta entonces el calor á medida que se produjese se perdería, y nunca sería suficiente para enrojecer la esponja de platino, ó admitiendo la combinación del hidrógeno y del oxígeno en ella, si esta combinación se operase paulatinamente, tampoco se acumularía el calor. Solo cuando se condensan estos gases bruscamente, se puede desprender el calor suficiente para combinarlos. Así es que, si se pone en un cañón de hierro una mezcla de ellos y si se comprime repentinamente, hay una explosión y la combinación ha lugar; pero si en vez de comprimirlos de repente, se someten á una alta presión de modo á robarles el calor que pueda producirse por la disminución de su volumen, la combinación no se verifica. Haciendo descender en el mar á una gran profundidad una mezcla explosiva, á pesar de la enorme presión que soporta, en nada se encuentra alterada cuando se sustrae de su inmersión.

El carbon, como todos los cuerpos porosos, tiene la propiedad de absorber y condensar los gases que le rodean y de apoderarse de los sólidos en suspension ó disueltos en el líquido con quien se pone en contacto.

Para probar la primera propiedad, se hace el experimento siguiente: Se toma un pedazo de carbon encendido, se apaga en una cuba de mercurio, y se le hace subir en una campana que contenga un volumen de gas bien determinado. Tan pronto como el carbon se encuentra en medio del gas, le absorbe en parte ó en totalidad, segun la cantidad respectiva de ambos cuerpos. La cantidad de gas absorbida es proporcional á su densidad, á la porosidad del cuerpo absorbente, y muchas veces á su naturaleza misma.

El carbon de madera tiene la propiedad de absorber las sustancias sólidas disueltas en los líquidos, pero no la tiene en el mismo grado que el carbon de origen animal. En la industria el carbon animal es empleado exclusivamente para apoderarse de las sustancias colorantes que existen en los diversos productos que se propone preparar puros; en la preparación del sulfato de quinina, por ejemplo, se emplea para desembarazarle de la materia colorante. Durante mucho tiempo se creyó que el carbon animal solo podía absorber las materias colorantes, sin disminuir la proporción de los principios que pudiese contener la disolucion que se quería descolorar; pero hoy se sabe que no solo se apodera de ellas, sino que aun tiene la misma propiedad para con un gran número de sustancias orgánicas y minerales.

El carbon se apodera de las resinas en disolucion en el alcohol, de los principios amargos del lúpulo, de la genciana y del acibar, del tanino, y tambien de parte de las sales alcalinas ó metálicas que pueda contener el agua. Algunas veces esta propiedad impide que se use el carbon animal con tanta frecuencia como en la época en que se creía que solo absorbía las materias colorantes, por ejemplo, en los análisis médico-legales. El carbon se apodera de una parte del sulfato de quinina, y cuando se emplea una cantidad suficiente de carbon, se puede conseguir absorberlo completamente, de modo que la disolucion sea insípida. Se cree que el carbon se apodera de 1/10 de su peso de sulfato de quinina, y que esta cantidad está en razon inversa de la cantidad de ácido libre que existe en la disolucion. En la fabricación del azúcar se usa el carbon animal para descolorar los caldos y absorber la cal que en ellos queda después de la defecación.

Interesa al fabricante saber cual es el poder descolorante del carbon para apreciar su precio y al mismo tiempo para proveerse de las cantidades necesarias á su fabricación, cantidad que siempre será relativa á aquella propiedad. Payen habia, hace años, propuesto un procedimiento en que se tomaba por tipo un carbon, que en la práctica se encontró bueno, y se comparaba su poder descolorante con el mismo poder del carbon que se quería ensayar. Se tomaban dos pesos iguales de ambos carbonos, y sobre ellos se hacian obrar durante el mismo tiempo dos cantidades iguales de un líquido colorado; después se apreciaba por medio de un aparato particular la relacion que existia entre los colores de los dos líquidos que se habian puesto en contacto con los carbonos. Este aparato está fundado en que

la intensidad del color de un mismo líquido varia segun el espesor de la capa que se examina, el color parecerá tanto mas subido cuanto mayor sea la capa observada y viceversa; por consiguiente, se comprende que dos líquidos aunque de tinte diferente pueden reducirse á presentar el mismo color mirándolos bajo espesores diferentes.

La intensidad de coloración estando en razon directa del espesor de la capa del líquido, aquel que haya sido necesario observar bajo un espesor mayor para obtener el mismo tinte que nos da el carbon tipo, corresponderá evidentemente al carbon mas descolorante.

Corenwinder ha visto que el poder absorbente del carbon animal es proporcional á su poder descolorante, y sobre esta observación ha basado un procedimiento para apreciar su calidad. Prepara una disolucion de sucrato de cal, y determina la cantidad del ácido sulfúrico, empleado en los ensayos alcalimétricos, necesaria para saturar un volumen conocido de ella. En seguida reduce los diferentes carbonos poco mas ó menos al mismo grado de división, pone igual peso de cada uno en frascos separados, con un mismo volumen de sucrato, y abandona la experiencia á sí misma durante una hora. Trascorrido este tiempo, filtra los líquidos y los examina separadamente por medio del ácido sulfúrico que le indica las cantidades de cal absorbidas por cada muestra de carbon. El que haya absorbido mas será el mas conveniente para la fabricación. Corenwinder pretende haber obtenido resultados muy exactos por medio de este procedimiento, y el único inconveniente que le encuentra es que el carbon absorbe tanto mas cal, cuanto mayor sea la proporción que contiene el líquido con quien está en contacto; lo que exige que siempre emplee una disolucion de sucrato de cal compuesta en las mismas proporciones.

A. REYNOSO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — El *Mosquetero* de Alejandro Dumas. — La casa de Alejandro Dumas en Bruselas. — El mosquetero forrado de felpilla. — Un drama digno de la Puerta de San Martín. — Las levitas no son tan largas como se creía. — Aparición de la levita-paletó. — Los artículos de Alfonso Karr. — Los chalecos de fieras. — Descripción del figurín.

El *Mosquetero* de Alejandro Dumas no es un sobretodo forrado de felpilla, como podrian imaginárselo nuestros lectores al leer el sumario de esta revista... sino que es un periódico escrito enteramente por el famoso autor de *Monte Cristo*, un periódico literario y muy divertido.

Muchos dicen que Alejandro Dumas tiene cierta inclinación á la fanfarronada, y que es un tanto vanidoso; pero cuántos hombres son vanidosos, sin tener un talento positivo! Además, Alejandro Dumas tiene un corazón tan bueno que se le pueden perdonar algunos defectillos. Su casa de Bruselas es el refugio de la mayor parte de los emigrados franceses, que sin este asilo se hallarian muy mal en el extranjero. Allí entra el que quiera, pues la mesa está siempre para los desgraciados. El único convidado á quien no se espera nunca es al amo de la casa; á veces su mesa está tan completa, que se ve obligado á comer aparte. Alguna vez tendrá que ir á dormir á una posada.

Pero como íbamos diciendo, el *Mosquetero* es un periódico diario, que cuenta ya bastantes enemigos, lo que quiere decir que tiene buen éxito. Sí, el mosquetero está á la moda, y se lleva ancho y flotante, de tela seria ó de fantasía con forro de felpilla.

— ¿De qué estamos hablando? preguntará el lector.

— Del mosquetero.

— ¿Del periódico de Dumas?

— No, del mosquetero de los sastres, que es una capita corta que se forra á veces de terciopelo escocés, y aun puedo decir que he visto uno forrado de terciopelo tigre real, cosa magnífica, pues este forro cuesta media onza el metro.

Este elegante mosquetero ha hecho su entrada triunfal en la noche de la apertura de los Italianos, llevado por un hermoso jóven, de una distinción británica, aunque con el defecto de ser tuerto. El elegante acompañaba á una jóven vestida con tanto gusto, que todo el mundo la contemplaba como una visión fantástica. Seguramente, la pareja venia de altos lugares. El caballero vestía un frac de paño azul Elíseo respuntado á borde abierto todo al rededor, con cuello y solapas echadas hacia atrás; los faldones estaban forrados de muaré antiguo liso, del mismo color que el paño; los botones eran de oro, cincelados por un célebre artista; el chaleco blanco de muaré antiguo, con botones de diamantes, y el pantalon negro de satin semi-ajustado, que cae corto sobre un bonito zapato de charol. Este hermoso traje se completaba con medias de seda, una corbata blanca de batista, y un cuello postizo á la inglesa.

En cuanto á la jóven era una hija de Albion, morena, con ojos de terciopelo... ojos rasgados como los de una andaluza, con unas cejas mas arqueadas y correctas que si fueran pintadas. Esta adorable criatura era la heroina de un drama sangriento, mas terrible que un drama de la Puerta de San Martín ó del Ambigú. He oido contar su historia, y voy á reasumirla en dos palabras.

La llamaremos Arabela. Hija de un oficial superior de la marina real británica de Londres, se casó ó la casaron á diez y seis años con un marino medio salvaje, que pasaba con ella unos solos dias al año, lo que consolaba un poco á su primo sir Ralph, el hermoso jóven tuerto que no habia podido obtener su mano. El año último, el marino tuvo el capricho de llevarse su mujer á Malta donde él debia permanecer algun tiempo; pero dos meses después de su instalación en esta ciudad, una fragata que llegaba de Plymouth desembarcó á sir Ralph entre sus tenientes.

El primo naturalmente corrió á ver á la prima; el marido frunció un poco las cejas; pero se contentó con esta señal de desagrado.

Una noche que hacia un tiempo atroz, el marido envió á un marinero á prevenir á la hermosa Arabela, que en atencion al peligro que podian correr las fragatas en el fondeadero, pensaba pasar la noche á bordo de la suya.

El mal tiempo impidió igualmente al primo que se retirara, y ya eran mas de las doce de la noche cuando se dejó venir al marido á interrumpir tan dulce visita. La hora era un poco sospechosa: el marido subia, ya llegaba á la puerta... Sir Ralph descubre en un rincon del cuarto un armario que servia de guardaropa á milady, y se mete en él á tiempo que entra el otro. El recién venido se pone á mirar por todas partes como un hombre seguro de hallar lo que busca; la pobre Arabela estaba blanca como una estatua, y sin querer echó una mirada imprudente hácia el armario.

El esposo interceptó aquella mirada, y dijo para sí: — *Ahí está.*

Y sacando su espada se fué derecho al armario, y le abrió sin experimentar la menor resistencia.

La mujer se levantó y le dijo con voz trémula:

— ¿Qué estais haciendo?

El marido no respondió; alzó la espada y sondeó con ella la profundidad del armario, dando furioso unas veinte estocadas.

Nada se oyó.

Entonces envainó tranquilamente el acero, y dijo á su mujer:

— Disimuladme, creí que se habia introducido un ladrón en vuestro cuarto.

Y dicho esto se retiró inmediatamente.

La jóven corrió á la puerta, oyó los pasos que se alejaban, y despues echando convulsivamente el cerrojo, saltó al armario.

— ¡Ralph! exclamó.

Y vió una mano casi lívida que separaba los vestidos, y luego Ralph cayó á sus piés atravesado de cuatro estocadas.

El pobre jóven no habia lanzado un grito temiendo perder á la que adoraba, y en aquella terrible venganza se habia quedado sin un ojo.

El marido todo lo supo; el divorcio se pronunció, y la bella inglesa no teme presentarse en público con su noble primo.

¿Qué historia tan lúgubre! dirán mis lectores; pero ahora pasaremos á otra cosa, aunque verdaderamente no hay muchas novedades que señalar en este artículo.

El furor por las levitas largas se calma, y los sastres se han fijado en una longitud moderada y prudente. Tan raras son las levitas demasiado largas, como los fraques que pecan por consumidos: los extremos son malos.

Pero tenemos además la levita-paletó, que es justo anunciar aquí como un modelo nuevo. Es un género semi-ajustado que no carece de distincion ni de elegancia. En cuanto á los pantalones á la moda, he aquí lo que dice en su última revista Alfonso Karr:

« La moda de los pantalones á grandes cuadros ha tomado un desarrollo prodigioso; los cuadros son tan grandes, que en un pantalon no cabe uno entero, de modo que el cuadro que principia en un hombre acaba en otro. »

Alfonso Karr no exagera nada. Lo mismo sucede con los chalecos, que se parecen á la piel de las fieras; pero el hombre elegante no se pone jamás cosas tan extrambóticas.

Concluyo con la descripcion del figurin, que dará una idea de las modas actuales.

Primeramente tenemos un jovencito con el uniforme de la escuela preparatoria de marina, que se compone de una chaquetilla redonda de paño azul oscuro, con botones hasta arriba, cuello y solapas con abertura; talle largo de cinco cent.; mangas semi-ajustadas con bocamangas cerradas por tres botones; chaleco de piqué blanco á pequeño chal subido, y pantalon del mismo paño que la chaquetilla, muy ancho.

Gorrita aplastada adornada encima con una ancla bordada; visera de charol y cinta de oro.

Despues viene un hombre de unos treinta años con un traje de mañana. Paletó á la inglesa de fieltro natural, cayendo derecho por detrás y por delante sobre un traje de vestir; este género de *comfortables* se forran de seda, pero sin nada de algodón. El cuello va cubierto de terciopelo; solapas anchas y cruzado grande á beneficio de dos hileras de cuatro botones de seda; mangas grandiosas con altas bocamangas. Bolsillos en los faldones, y otro bolsillito en el pecho á la izquierda. Pantalon con ancha banda de ocho cent., impresa en las costuras exteriores; la pierna casi ajustada sobre la bota.

En cuanto al traje de soiré, se compone de un frac negro de paño, chaleco de piqué blanco bordado, á chal muy abierto, con un transparente de terciopelo de Africa azul: el pantalon es negro de satin de lana con trabillas de seda.

El último traje es un tipo nuevo, eminentemente inglés, llevado por un jóven de unos veinticinco años.

El paletó de *moos-cloth* bronceado cierra por delante, por medio de una presilla interior, pegada al lado izquierdo, lo que deja ocultos los botones. El talle es largo, y el faldon poco ancho y hasta media pierna. Las orillas exteriores van espunteadas. Mangas sin bocamangas; un bolsillito en el pecho además de los ordinarios.

El chaleco, del que solo se ve la parte alta, es de felpilla de lana, á chal cruzado, largo y recto sobre las caderas.

El pantalon es verde oscuro, derecho de pierna, ajustado al pié y con trabillas.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

Jardin de ensayo de Hamma.

CERCA DE ARGEL.

Apénas se sale de Argel por la puerta de Bab-Azun, se atraviesa el campo de maniobras, teatro de revistas, carreras de caballos y fantasías árabes. El mar está á

la izquierda; hermosas colinas cubiertas de casas de campo, á la morisca ó á la europea, se extienden por la derecha. Franceses, moros, beduinos, kábilas montados en caballos, pollinos, camellos, ó llevados por los ómnibus, animan el camino. Despues de unos instantes, se pasa por delante de un cementerio mahometano; si es viérnes, moriscas veladas, cuyos ojos y cejas solo se ven por una raya negra, están agrupadas pintorescamente sobre los sepulcros; hablan familiarmente entre sí, ó cuentan al muerto los acontecimientos que han sobrevenido á la familia; porque, en su creencia, este muerto momentáneamente ausente, lo han de volver á ver muy pronto; ellas le hablan con el sentimiento mezclado de placer con que escribimos al amigo ausente por mucho tiempo.

Pasado el cementerio, el camino está sombreado por árboles y vegetales exóticos en Europa, recorriendo el pié de las colinas que los sustentan. ¡Y qué aroma tan deleitoso se respira! El dulce perfume del azahar se combina con olores desconocidos, hiere el olfato; el carruaje se para entre una verja y un café morisco, pegado á una roca, y defendido del sol por gigantescos plátanos. Ante la verja descuellan dos árboles no conocidos en nuestros climas (1); un arbusto parásito, originario de la India, lo cubre con sus ramos amarillos (2); esta es la entrada del jardin de ensayo ó vivero central de la Argelia; la realizacion completa de la idea fecunda y juiciosa que ha concebido el gobierno francés para asegurar el porvenir de la colonia.

Cuando en 1830 desembarcaba el ejército francés en Sidi-Ferruk, la tierra de Africa no ofrecia mas que vegetales indígenas, ó aquellos que, desde el tiempo de los romanos, se habian conservado á pesar de la incuria de los turcos, y la destruccion de los árabes errantes. Ahora bien, el país mas favorecido del cielo, reducido á las plantas que produce espontáneamente, y que el cultivo no mejora, nutre con dificultad á sus habitantes. La introduccion de los vegetales útiles, abandonada á los esfuerzos individuales de los colonos, es una obra secular que la ignorancia ó el acaso pueden prolongar indefinidamente; era preciso abreviarla. Fundóse pues un jardin de ensayo, destinado á recibir todos los vegetales del mundo, capaces de aclimatarse en Argelia. En primer lugar se examinó si el suelo y el clima les conviene, y luego qué clase de cultivo y terreno; por fin, se ve si este cultivo es provechoso á un colono abandonado á sus conocimientos y recursos. El gobierno francés hace mas; para favorecer un cultivo nuevo reparte simientes y plantas á los cultivadores, comprándole los productos á un precio que le indemniza de sus trabajos y gastos; de ese modo, recibe los elementos de produccion, y se le asegura la venta de su cosecha.

Este es el fin. Para lograrlo, era menester un cultivador, un horticultor instruido en la teoría y la práctica, hombre de perseverancia, tan inaccesible á un entusiasmo prematuro como á un desaliento irreflexivo. M. Hardy, director del jardin de ensayo, nombrado por el gobierno, reúne todas estas cualidades. El afecto de los habitantes de Argelia han anticipado el juicio de la posteridad, que le ha de señalar un lugar distinguido entre los pacíficos conquistadores del Africa francesa.

El prefecto actual, horticultor apasionado, y agricultor instruido, ha juzgado, como hombre práctico y administrador entendido, la importancia del jardin de ensayo, y con su presencia, sus consejos, su dictámen, y su estímulo, favorece el progreso agrícola de la colonia, que ha de consolidar la conquista; porque el soldado acampa por un momento, pero el colono permanece; el soldado conquista el terreno, el colono lo cultiva y lo conserva.

Esta doble conquista de la espada y el arado, inaugurada por el mariscal Bugeaud, es el sistema que sigue el hábil general que gobierna hoy aquel país. Su larga residencia en Argelia le ha enseñado á conocer los medios mas propios para aumentar su prosperidad.

Hablemos ahora del jardin de ensayo, para hacerlo despues de sus resultados agronómicos. Abrigos formados por dos hileras de cipreses lo dividen en cuadriláteros, defendiendo á las plantas delicadas del viento salitroso del mar, y del siroco del desierto, tan temible como el primero. La parte contigua á la casa del director está destinada á los árboles, arbustos y plantas exóticas que se pretende naturalizar y multiplicar. Para el botánico que no ha visitado los climas cálidos, todo es nuevo, ó por mejor decir admira al aire libre, con una vegetacion exuberante, los árboles que no ha visto sino deformes y raquíticos en los invernáculos de los países frios. Para el aficionado á la horticultura es agradable en sumo grado ver crecer los vegetales reunidos de las cuatro antiguas partes del mundo, como si vivieran en su suelo natal. Es un congreso vegetal posible únicamente en un país en que la temperatura no baja nunca al grado de hielo, y se sostiene durante cuatro meses entre 20° y 35°. Por esta razon se ven reunidas allí diez y seis especies de higueras de la India, algunas de ellas con una elevacion de quince metros. La higuera elástica (*Ficus elastica*), nos muestra su tronco rodeado de raices, que partiendo de diferente altura, vienen á fijarse en el suelo; otras parten de las ramas, y estas raices aéreas dan á los troncos de las higueras una solidez que desafía los mas violentos huracanes. Los bramines plantan estos árboles junto á sus pagodas, conservándose tanto como ellas.

Un admirable arbustillo, el *Raphiolepis* de la India,

(1) El bella sombra, *Phytolacca dioica*, L., de la América meridional.

(2) *Casalpina sapan*.

estaba en plena florecencia á principios de abril al lado de una carmontina (*Justicia adhatoda*) del mismo país, en flor tambien. El *Cocculus laurifolius*, de lucientes hojas crece como un árbol, y la manzana rosa (*Jambosa vulgaris*) madura su fruto.

Un grupo de árboles nos trasporta á otro hemisferio, á la Nueva-Holanda, naturaleza excepcional que difiere del resto del globo tanto como las creaciones antediluvianas difieren de la actual.

Admirase en el jardin una serie de *Casuatma equisetifolia*, cuyas hojas filiformes se parecen á las yerbas de nuestros pantanos cuando el viento agita su fina cabellera, se cree oír el ruido apagado de un mar distante. Junto á ellos están las *Acacias* simples, los *Leptospermum*, y encima de todos, descuella el pino de Norfolk (1), cuya verde pirámide se eleva hácia el cielo, en tanto que sus inferiores se extienden sobre el suelo dándole un aspecto extraño que despierta la curiosidad de los mas indiferentes. Los *Grevillaea*, los *Encalyptus*, la *Jambosa australis*, adquieren ocho metros de elevacion. Al lado de la Nueva-Holanda se ve representado el Brasil por sus brillantes vegetales; las *Grythinas* de largos racimos de carmesí oscuro se elevan á seis metros del suelo; la *Buganvillea*, cuya flor insignificante está rodeada de bellas hojas encarnadas, tapiza una tapia inmensa, ó forma matorrales de color de rosa; los *Cytherexylon*, los *Cordia*, los *Poinciana*, los *Jacaranda* prosperan como en su patria, y los *Psidium pyriferum* se doblan bajo el peso de su fruto. No hablaré de los vegetales de Tenerife ó del Oriente que son allí indígenas, lo mismo que los de la China; sin embargo no podria olvidar los bambús gigantescos que en un verano suben á diez metros, é improvisan rápidamente poderosos abrigos contra el viento, ni el hermoso pino de Canarias, el mas propio de los árboles para reponer los bosques de Argelia, y el pino de hojas largas, que, como el primero, crece hasta once metros.

Á algunos pasos del vivero, un verdadero bosque de ananas recibe al viajero bajo su sombra, y da en la estacion excelentes piñas.

Pero la parte del jardin, que ha de producir muy pronto el mejor efecto, es una avenida plantada de dátiles y palmeras, que desde la casa del director se extiende hasta el mar. Estos árboles no tienen mas que ocho años: sus troncos están ya coronados de largas palmas, y todos los años se cubren, los unos de magnificas flores, los otros de frutos que no maduran todavia perfectamente. Para madurar los dátiles que se comen en Europa, son necesarios los estíos de Biskara y de Túnez.

Al rededor de estas plantaciones exóticas, muestras vivas de la fecundidad de la tierra y la dulzura del clima argelino, se extienden vastos viveros, que ocupan un espacio de 30 hectares y que contienen moreras, naranjos, árboles frutales de Europa, nísperos del Japon, nopales para la cochinilla, caña de azúcar, todos ellos á disposicion del colono que los recibe con instrucciones para cultivarlos, no solo escritas, sino que M. Hardy las acompaña con verbales acerca del género de explotacion mas beneficiosa.

Dejando aparte el cultivo posible en toda la Francia, tal como el de pastos, cereales, patatas, legumbres y árboles frutales, solo insistiré sobre el peculiar de la region mediterránea ó de Africa.

El olivo crece admirablemente en Argelia; como no hiela en las llanuras, adquiere dimensiones muy grandes. Si se procura ingerirlo con variedades de España, Italia, y el mediodía de Francia se lograrán productos muy buenos. Hay mas, algunos de los que no prosperan en el Var y los Pirineos orientales, donde el verano es muy corto, por ejemplo, el olivo que dá las gordales de la reina, del tamaño de una ciruela, alcanzarían allí las mismas dimensiones.

El producto del aceite de oliva podria subir á miles de barricas, si entrara en el consumo de los habitantes del Norte de Europa. Los pueblos septentrionales, que no lo conocen, gastan el aceite de adormidera, nuez y colza. Su paladar se ha pervertido con el hábito, y llegan á preferirlos al aceite de oliva, cuyo color y el gusto de la aceituna les repugnan al principio. Por esta causa, un habitante de Montpellier, agradecido á la hospitalidad que habia recibido en una casa de Hamburgo, envia á la dueña un barril del mejor aceite de la Provenza; á la vista del líquido espeso y verde, la alemana se disgusta y lo entrega á la criada para las luces, en tanto que sigue figurando en la mesa el aceite de nueces.

La insuficiencia de la marina mercante francesa, y la timidez de los negociantes obligan al cultivador á limitarse.

Los franceses no saben como los ingleses, despertar en los pueblos gustos que se convertirian en manantiales de riqueza. Mucha fortuna ha sido que ellos mismos se hayan aficionado al Burdeos y al Champaña, porque de otro modo ignorarian su existencia como ignoran los buenos productos del Langüedoc, á donde van á comprar los espíritus que debieran llevarles los franceses.

Pero volvamos á Argelia para hablar de la morera. La produccion de la seda en Francia no basta para las necesidades de la industria, y por consiguiente deberia de fomentarse. En Argelia, en las pendientes del Atlas, se encuentra el clima favorable á la morera que disfruta el Langüedoc, las Cevennes y el Ardeche. La elevacion constante de la temperatura, á partir del mes de abril, la rareza de las tempestades, hace fácil la elaboracion, da buenos resultados, y los dará mejores á me-

(1) *Avancaria excelsa*, Lamb.

dida que los colonos adquirieran la experiencia por medio de la práctica.

En 1853 la provincia de Argel á producido 23,337 kilogramos de seda, que se han vendido muy bien en Lion. Y si los sericultores de Argel aprovechan el ejemplo de sus compatriotas del mediodía de Francia, verán que el éxito es mas seguro en las pequeñas cosechas. La reunion de muchos gusanos en un local, es siempre causa de mortandad, que si puede disminuir una higiene bien entendida, nunca podrá hacerla desaparecer.

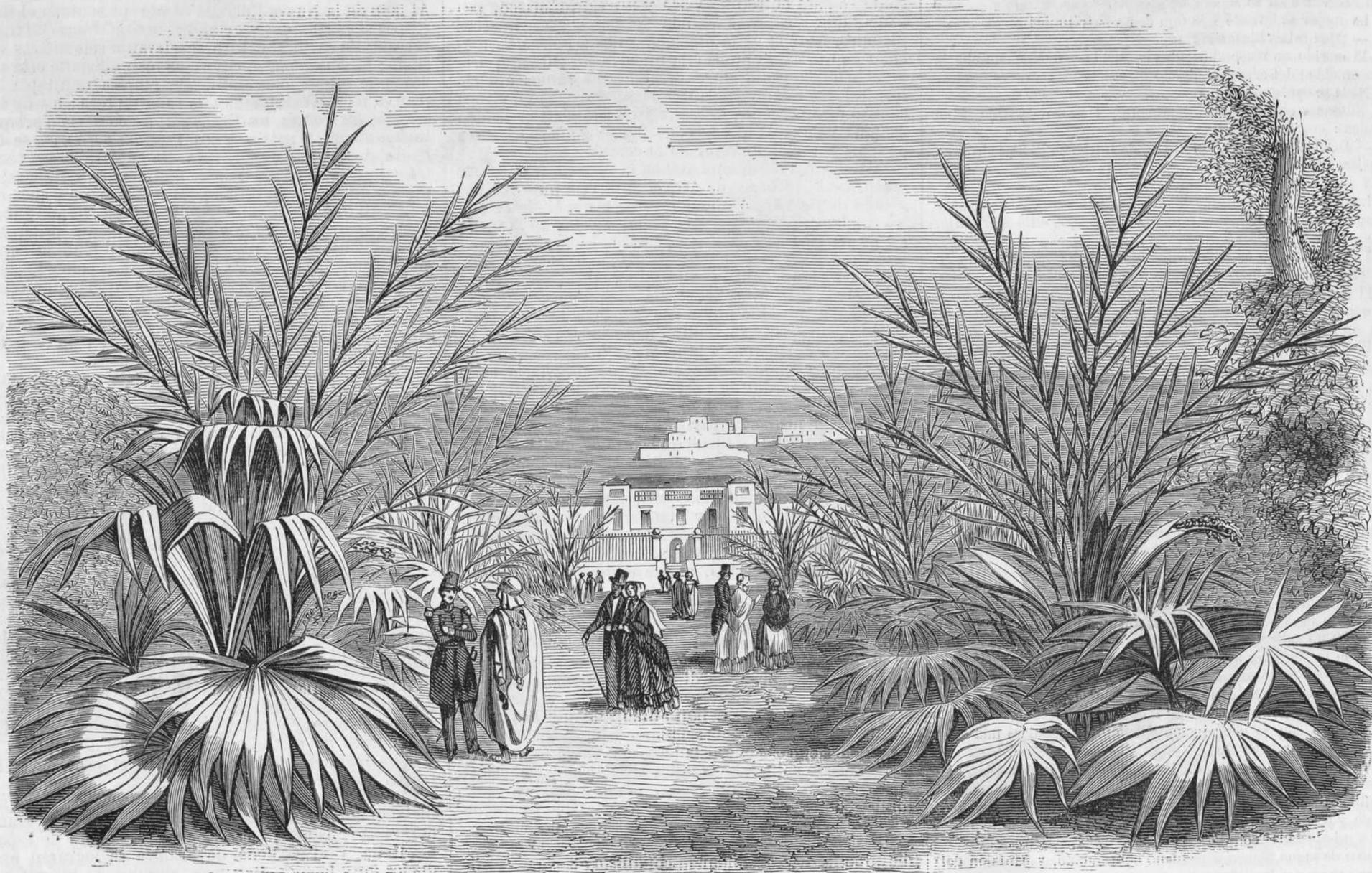
No me ocuparé del cultivo del naranjo, del tabaco y de las plantas olorosas empleadas en la perfumería con los mejores resultados. Dos palabras bastarán. — El tabaco de Argelia es mejor que el del Lot. — Una sola casa de comercio ha enviado á Paris tres millones de naranjas y 600,000 limones, y á las puertas mismas de Argel, en el camino de Husseyn-dey, se atraviesan durante muchos kilómetros, campos de alcachofas que ali-

mentan en invierno el mercado de Paris.

El cultivo del algodón en Argelia preocupa con justo motivo á los agrónomos y economistas. La cuestion agricola parece resuelta. El algodón en yerba, especialmente el de Georgia es una planta que para germinar necesita una temperatura elevada y bastante humedad. Estas circunstancias se reúnen en Argel en el mes de abril. Despues viene la sequía y el calor; pero, despues de la germinacion, el algodón no necesita de agua para prosperar. El cuidado se reduce á una labor por la primavera, á binar algunas veces si crecen las malas yerbas, y á cortar las puntas para hacer refluir la savia á las ramas laterales. La cosecha es pronta y fácil, las mujeres y los niños pueden hacerla. El buen éxito del algodón en Argelia no es una mera probabilidad, sino un hecho. En abril de este año, la cosecha ha sido de 4,500 kilogramos, y para probar que podia producirse en mal terreno, M. Hardy ha sembrado en arenas del

mar y el suelo de un camino viejo, y ha recogido 40 kilogramos de algodón de Georgia, de una largura, elasticidad y finura, que no dejan nada que desear.

Resta el lado comercial de la cuestion. ¿Podrán los colonos de Argel, donde la mano de obra es cara, luchar con el trabajo de los esclavos en la Carolina y los otros estados del Sud de la Union? Esta es la magna cuestion que el gobierno ha de resolver. No es ocasion de controvertirla, pero se puede decir que el dia en que la colonia sea poblada por los proletarios que decaecen en Francia, el dia en que emigren los paisanos al Africa, no con la idea de realizar una gran fortuna, sino con el de hacerse pequeños propietarios, aquel dia se hallará resuelto el problema. Fábricas de hilar saldrán de los campos del algodón, y probablemente el precio infimo de los alimentos, la exoneracion de los gastos de transporte del algodón de América á Francia, compensarán las ventajas del trabajo esclavo, y digno de



Jardin de ensayo de Hamma, cerca de Argel.

alabanza es el gobierno por el premio de 400,000 francos, aplicado á este cultivo.

Las objeciones que se pueden hacer á la produccion del algodón no podrian aplicarse al cultivo importante de la cochinilla. Su introduccion en Tenerife es un manantial de riqueza para aquella isla. El clima de Argel difiere poco del de las Canarias, y la experiencia está ya hecha. El receptáculo donde vive el insecto que encierra el principio colorante de la cochinilla, *opuntia cochenillifera*, prospera admirablemente en Argel. La planta agotada por el insecto, cortada por el pie, retoña en cuatro años. El cultivador podrá establecer una rotacion en cuatro hectares por ejemplo. La cosecha de un hectar en el vivero central ha producido 962 kilogramos de cochinilla, que vendida á 20 francos el kilogramo, ha dado *libre de gastos*, un beneficio de 9,776 francos. ¿Qué cultivo en cuatro hectares de tierra produce esto? Pero mas que para otro alguno, para este cultivo son

necesarios conocimientos prácticos, inteligencia, asiduidad, y sobre todo, un aprendizaje. Es evidente que un obrero de sombrerería u otra industria, puesto en Argel, no obtendrá buenos resultados en el cultivo mas fácil, y se volverá á Francia á contar sus decepciones argelinas. Pero que un labrador se establezca allí despues de un aprendizaje de seis meses en el vivero central, que comience á cultivar un pequeño terreno, que aumentará de año en año, y es seguro que este colono prosperará como los Mahoneses que se hacen colonos en Argel, no con esperanzas quiméricas de una fortuna colosal, sino con la esperanza de poseer el suelo que cultivan, en lugar de banar con su sudor el campo de un propietario desconocido. El pueblo del fuerte del Eau, uno de los mas bellos que puedan verse, probará la exactitud de lo que digo. En el discurso que ha pronunciado el Prefecto de Argel con motivo de la distribucion de medallas de la Exposicion agricola de 1852,

ha citado numerosos ejemplos de la prosperidad del colono modesto, inteligente y laborioso, al lado de la miseria del que no posee estas cualidades.

La Argelia no es bien conocida en Francia; los economistas, los agricultores y hombres científicos no la han explorado bastante; tan pronto se ofrece como un Eldorado ó como un infierno; no es ni lo uno ni lo otro; es una tierra virgen, fértil, dotada con el clima propio de las regiones próximas á los trópicos, y susceptible por consiguiente de dar productos de exportacion en vez de comprarlos. Esta perspectiva es un buen aliciente para que los trabajadores del campo sacudan su inercia, y el apego que les hace preferir la miseria en el hogar doméstico donde han nacido, al bienestar independiente que les ofrece una Francia nueva, separada de la antigua por un brazo de mar que atraviesa el vapor en unas cuantas horas.

C. M.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL	\$ 15
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 15	PACIFICO.....	\$ 16
— PUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	Un número suelto.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA Y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75	Un número suelto.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de	\$ 14	— todo el interior de la República.....	\$ 3 1/2 rs. fs.
cada mes).....		Un número suelto.....	